

CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE (1547 – 1616)

*VIAJE DEL PARNASO*

ÍNDICE

Del Viaje del Parnaso, capítulo primero  
Del Viaje del Parnaso, capítulo segundo  
Del Viaje del Parnaso, capítulo tercero  
Del Viaje del Parnaso, capítulo cuarto  
Del Viaje del Parnaso, capítulo quinto  
Del Viaje del Parnaso, capítulo sexto  
Del Viaje del Parnaso, capítulo sétimo  
Del Viaje del Parnaso, capítulo octavo

Adjunta al Parnaso

CAPÍTULO PRIMERO DEL VIAJE DEL PARNASO

Un quídam Caporal italiano,  
de patria perusino, a lo que entiendo,  
de ingenio griego y de valor romano,

llevado de un capricho reverendo,  
le vino en voluntad de ir a Parnaso,  
por huir de la Corte el vario estruendo.

Solo y a pie partióse, y paso a paso  
llegó donde compró una mula antigua,  
de color parda y tartamudo paso.

Nunca a medroso pareció estantigua  
mayor, ni menos buena para carga,  
grande en los huesos y en la fuerza exigua,

corta de vista, aunque de cola larga,  
estrecha en los ijares, y en el cuero

más dura que lo son los de una adarga.

Era de ingenio cabalmente entero:  
caía en cualquier cosa fácilmente,  
así en abril como en el mes de enero.

En fin, sobre ella el poetón valiente  
llegó al Parnaso, y fue del rubio Apolo  
agasajado con serena frente.

Contó, cuando volvió el poeta solo  
y sin blanca a su patria, lo que en vuelo  
llevó la fama deste al otro polo.

Yo, que siempre trabajo y me desvelo  
por parecer que tengo de poeta  
la gracia que no quiso darme el cielo,

quisiera despachar a la estafeta  
mi alma, o por los aires, y ponella  
sobre las cumbres del nombrado Oeta,

pues, descubriendo desde allí la bella  
corriente de Aganipe, en un saltico  
pudiera el labio remojarse en ella,

y quedar del licor süave y rico  
el pancho lleno, y ser de allí adelante  
poeta ilustre, o al menos magnífico.

Mas mil inconvenientes al instante  
se me ofrecieron, y quedó el deseo  
en cierne, desvalido e ignorante.

Porque [en] la piedra que en mis hombros veo,  
que la Fortuna me cargó pesada,  
mis mal logradas esperanzas leo.

Las muchas leguas de la gran jornada  
se me representaron, que pudieran  
torcer la voluntad aficionada,

si en aquel mesmo instante no acudieran  
los humos de la fama a socorrerme,  
y corto y fácil el camino hicieran.

Dije entre mí: «si yo viniese a verme  
en la difícil cumbre deste monte,

y una guirnalda de laurel ponerme,  
no envidiaría el bien decir de Aponte,  
ni del muerto Galarza la agudeza,  
en manos blando, en lengua Rodomonte».

Mas, como de un error otro se empieza,  
creyendo a mi deseo, di al camino  
los pies, porque di al viento la cabeza.

En fin, sobre las ancas del Destino,  
llevando a la Elección puesta en la silla,  
hacer el gran viaje determino.

Si esta cabalgadura maravilla,  
sepa el que no lo sabe que se usa  
por todo el mundo, no sólo en Castilla.

Ninguno tiene o puede dar excusa  
de no oprimir desta gran bestia el lomo,  
ni mortal caminante lo rehúsa.

Suele tal vez ser tan ligera como  
va por el aire el águila o saeta,  
y tal vez anda con los pies de plomo.

Pero, para la carga de un poeta,  
siempre ligera, cualquier bestia puede  
llevarla, pues carece de maleta;

que es caso ya infalible que, aunque herede  
riquezas un poeta, en poder suyo  
no aumentarlas, perderlas le sucede.

Desta verdad ser la ocasión arguyo  
que tú, ¡oh gran padre Apolo!, les infundes  
en sus intentos el intento tuyo.

Y, como no le mezclas ni confundes  
en cosas *de agibilibus* rateras,  
ni en el mar de ganancia vil le hundes,

ellos, o traten burlas o sean veras,  
sin aspirar a la ganancia en cosa,  
sobre el convexo van de las esferas,

pintando en la palestra rigurosa  
las acciones de Marte, o entre las flores

las de Venus, más blanda y amorosa.

Llorando guerras o cantando amores,  
la vida como en sueño se les pasa,  
o como suele el tiempo a jugadores.

Son hechos los poetas de una masa  
dulce, süave, correosa y tierna,  
y amiga del hogar de ajena casa.

El poeta más cuerdo se gobierna  
por su antojo baldío y regalado,  
de trazas lleno y de ignorancia eterna.

Absorto en sus quimeras, y admirado  
de sus mismas acciones, no procura  
llegar a rico como a honroso estado.

Vayan, pues, los leyentes con letura,  
cual dice el vulgo mal limado y bronco,  
que yo soy un poeta desta hechura:

cisne en las canas, y en la voz un ronco  
y negro cuervo, sin que el tiempo pueda  
desbistar de mi ingenio el duro tronco;

y que en la cumbre de la varia rueda  
jamás me pude ver sólo un momento,  
pues cuando subir quiero, se está queda.

Pero, por ver si un alto pensamiento  
se puede prometer feliz suceso,  
seguí el viaje a paso tardo y lento.

Un candel con ocho mil de queso  
fue en mis alforjas mi repostería,  
útil al que camina y leve peso.

«Adiós», dije a la humilde choza mía;  
«adiós, Madrid; adiós tu Prado y fuentes,  
que manan néctar, llueven ambrosía;

adiós, conversaciones suficientes  
a entretener un pecho cuidadoso  
y a dos mil desvalidos pretendientes;

adiós, sitio agradable y mentiroso,  
do fueron dos gigantes abrasados

con el rayo de Júpiter fogoso;

adiós, teatros públicos, honrados  
por la ignorancia que ensalzada veo  
en cien mil disparates recitados;

adiós, de San Felipe el gran paseo,  
donde si baja o sube el turco galgo,  
como en gaceta de Venecia leo;

adiós, hambre sutil de algún hidalgo,  
que por no verme ante tus puertas muerto,  
hoy de mi patria y de mí mismo salgo».

Con esto, poco a poco llegué al puerto  
a quien los de Cartago dieron nombre,  
cerrado a todos vientos y encubierto;

a cuyo claro y sin igual renombre  
se postran cuantos puertos el mar baña,  
descubre el sol y ha navegado el hombre.

Arrojóse mi vista a la campaña  
rasa del mar, que trujo a mi memoria  
del heroico don Juan la heroica hazaña;

donde con alta de soldados gloria,  
y con propio valor y airado pecho  
tuve, aunque humilde, parte en la vitoria.

Allí, con rabia y con mortal despecho,  
el otomano orgullo vio su brío  
hollado y reducido a pobre estrecho.

Lleno, pues, de esperanzas y vacío  
de temor, busqué luego una fragata  
que efetuase el alto intento mío,

cuando por la, aunque azul, líquida plata  
vi venir un bajel a vela y remo,  
que tomar tierra en el gran puerto trata.

Del más gallardo y más vistoso extremo  
de cuantos las espaldas de Neptuno  
oprimieron jamás, ni más supremo,

cual éste, nunca vio bajel alguno  
el mar, ni pudo verse en el armada

que destruyó la vengativa Juno;

no fue del vellocino a la jornada  
Argos tan bien compuesta y tan pomposa,  
ni de tantas riquezas adornada.

Cuando entraba en el puerto, la hermosa  
Aurora por las puertas del Oriente  
salía en trenza blanda y amorosa.

Oyóse un estampido de repente,  
haciendo salva la real galera,  
que despertó y alborotó la gente.

El son de los clarines la ribera  
llenaba de dulcísima armonía,  
y el de la chusma alegre y placentera.

Entrábanse las horas por el día,  
a cuya luz, con distinción más clara,  
se vio del gran bajel la bizarría.

Áncoras echa, y en el puerto para,  
y arroja un ancho esquife al mar tranquilo  
con música, con grita y algazara.

Usan los marineros de su estilo:  
cubren la popa con tapetes tales,  
que es oro y sirgo de su trama el hilo.

Tocan de la ribera los umbrales;  
sale del rico esquife un caballero  
en hombros de otros cuatro principales,

en cuyo traje y ademán severo  
vi de Mercurio al vivo la figura,  
de los fingidos dioses mensajero;

en el gallardo talle y compostura,  
en los alados pies, y el caduceo,  
símbolo de prudencia y de cordura,

digo que al mismo paraninfo veo,  
que trujo mentirosas embajadas  
a la tierra del alto Coliseo.

Vile, y apenas puso las aladas  
plantas en las arenas, venturosas

por verse de divinos pies tocadas,

cuando yo, revolviendo cien mil cosas  
en la imaginación, llegué a postrarme  
ante las plantas por adorno hermosas.

Mandóme el dios parlero luego alzarme,  
y, con medidos versos y sonantes,  
desta manera comenzó a hablarme:

«¡Oh Adán de los poetas, oh Cervantes!  
¿Qué alforjas y qué traje es éste, amigo,  
que así muestra discursos ignorantes?»

Yo, respondiendo a su demanda, digo:  
«Señor: voy al Parnaso, y, como pobre,  
con este aliño mi jornada sigo».

Y él a mí dijo: «¡Oh sobrehumano y sobre  
espíritu cilenio levantado,  
toda abundancia y todo honor te sobre!

Que, en fin, has respondido a ser soldado  
antiguo y valeroso, cual lo muestra  
la mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la naval dura palestra  
perdiste el movimiento de la mano  
izquierda, para gloria de la diestra;

y sé que aquel instinto sobrehumano  
que de raro inventor tu pecho encierra  
no te le ha dado el padre Apolo en vano.

Tus obras los rincones de la tierra,  
llevándola[s] en grupa Rocinante,  
descubren y a la envidia mueven guerra.

Pasa, raro inventor, pasa adelante  
con tu sutil disinio, y presta ayuda  
a Apolo, que la tuya es importante,

antes que el escuadrón vulgar acuda  
de más de veinte mil sietemesinos  
poetas que de serlo están en duda.

Llenas van ya las sendas y caminos  
desta canalla inútil contra el monte,

que aun de estar a su sombra no son dignos.

Ármate de tus versos luego, y ponte  
a punto de seguir este viaje  
conmigo, y a la gran obra dispónte;

conmigo, segurísimo pasaje  
tendrás, sin que te empaches, ni procures  
lo que suelen llamar matalotaje;

y, porque esta verdad que digo apures,  
entra conmigo en mi galera y mira  
cosas con que te asombres y asegures».

Yo, aunque pensé que todo era mentira,  
entré con él en la galera hermosa  
y vi lo que pensar en ello admira:

de la quilla a la gavia, ¡oh estraña cosa!,  
toda de versos era fabricada,  
sin que se entremetiese alguna prosa;

las ballesteras eran de ensalada  
de glosas, todas hechas a la boda  
de la que se llamó malmaridada;

era la chusma de romances toda,  
gente atrevida, empero necesaria,  
pues a todas acciones se acomoda;

la popa, de materia estraordinaria,  
bastarda, y de legítimos sonetos,  
de labor peregrina en todo y varia;

eran dos valentísimos tercetos  
los espalderes de la izquierda y diestra,  
para dar boga larga muy perfectos;

hecha ser la crujía se me muestra  
de una luenga y tristísima elegía,  
que no en cantar sino en llorar es diestra

(por ésta entiendo yo que se diría  
lo que suele decirse a un desdichado  
cuando lo pasa mal: «pasó crujía»);

el árbol, hasta el cielo levantado,  
de una dura canción prolija estaba

de canto de seis dedos embreado;

él y la entena que por él cruzaba,  
de duros estrambotes la madera  
de que eran hechos claro se mostraba;

la racamenta, que es siempre parlera,  
toda la componían redondillas,  
con que ella se mostraba más ligera;

las jarcias parecían seguidillas  
de disparates mil y más compuestas,  
que suelen en el alma hacer cosquillas;

las rumbadas, fortísimas y honestas  
estancias eran, tablas poderosas  
que llevan un poema y otro a cuestras.

Era cosa de ver las bulliciosas  
banderillas que al aire tremolaban,  
de varias rimas algo licenciosas;

los grumetes, que aquí y allí cruzaban,  
de encadenados versos parecían,  
puesto que como libres trabajaban.

Todas las obras muertas componían  
o versos sueltos, o sestinas graves,  
que a la galera más gallarda hacían.

En fin, con modos blandos y süaves,  
viendo Mercurio que yo visto había  
el bajel, que es razón, lector, que alabes,

junto a sí me sentó, y su voz envía  
a mis oídos en razones claras  
y llenas de suavísima armonía,

diciendo: «Entre las cosas que son raras  
y nuevas en el mundo y peregrinas,  
verás, si en ello adviertes y reparas,

que es una este bajel de las más dignas  
de admiración, que llegue a ser espanto  
a naciones remotas y vecinas.

No le formaron máquinas de encanto,  
sino el ingenio del divino Apolo,

que puede, quiere y llega y sube a tanto.

Formóle, ¡oh nuevo caso!, para sólo  
que yo llevase en él cuantos poetas  
hay desde el claro Tajo hasta Pactolo.

De Malta el gran maestro, a quien secretas  
espías dan aviso que en Oriente  
se aperciben las bárbaras saetas,

teme, y envía a convocar la gente  
que sella con la blanca cruz el pecho,  
porque en su fuerza su valor se aumente;

a cuya imitación, Apolo ha hecho  
que los famosos vates al Parnaso  
acudan, que está puesto en duro estrecho.

Yo, condolido del doliente caso,  
en el ligero casco, ya instruido  
de lo que he de hacer, aguijo el paso:

de Italia las riberas he barrido;  
he visto las de Francia y no tocado,  
por venir sólo a España dirigido.

Aquí, con dulce y con felice agrado,  
hará fin mi camino, a lo que creo,  
y seré fácilmente despachado.

Tú, aunque en tus canas tu pereza veo,  
serás el paraninfo de mi asunto  
y el solicitador de mi deseo.

Parte, y no te detengas sólo un punto,  
y a los que en esta lista van escritos  
dirás de Apolo cuanto aquí yo apunto».

Sacó un papel, y en él casi infinitos  
nombres vi de poetas, en que había  
yangüeses, vizcaínos y coritos.

Allí famosos vi de Andalucía,  
y entre los castellanos vi unos hombres  
en quien vive de asiento la poesía.

Dijo Mercurio: «Quiero que me nombres  
desta turba gentil, pues tú lo sabes,

la alteza de su ingenio, con los nombres».

Yo respondí: «De los que son más graves  
diré lo que supiere, por moverte  
a que ante Apolo su valor alabes».

Él escuchó. Yo dije desta suerte.

## CAPÍTULO SEGUNDO

Colgado estaba de mi antigua boca  
el dios hablante, pero entonces mudo  
(que al que escucha, el guardar silencio toca),

cuando di de improviso un estornudo,  
y, haciendo cruces por el mal agüero,  
del gran Mercurio al mandamiento acudo.

Miré la lista, y vi que era el primero  
el licenciado Juan de Ochoa, amigo  
por poeta y cristiano verdadero;

deste varón en su alabanza digo  
que puede acelerar y dar la muerte  
con su claro discurso al enemigo,

y que si no se aparta y se divierte  
su ingenio en la gramática española,  
será de Apolo sin igual la suerte;

pues de su poesía, al mundo sola,  
puede esperar poner el pie en la cumbre  
de la incostante rueda o varia bola.

Éste que de los cómicos es lumbre,  
que el licenciado Poyo es su apellido,  
no hay nube que a su sol claro deslumbre;

pero, como está siempre entretenido  
en trazas, en quimeras e invenciones,  
no ha de acudir a este marcial rüido.

Éste que en lista por tercero pones,  
que Hipólito se llama De Vergara,  
si llevarle al Parnaso te dispones,

haz cuenta que en él llevas una jara,  
una saeta, un arcabuz, un rayo  
que contra la ignorancia se dispara.

Éste que tiene como mes de mayo  
florido ingenio, y que comienza ahora  
a hacer de sus comedias nuevo ensayo,

Godínez es. Y estotro que enamora  
las almas con sus versos regalados,  
cuando de amor ternezas canta o llora,

es uno que valdrá por mil soldados  
cuando a la estraña y nunca vista empresa  
fueren los escogidos y llamados;

digo que es don Francisco, el que profesa  
las armas y las letras con tal nombre,  
que por su igual Apolo le confiesa;

es de calatayud su sobrenombre;  
con esto queda dicho todo cuanto  
puedo decir con que a la invidia asombre.

Éste que sigue es un poeta santo,  
digo famoso: Miguel Cid se llama,  
que al coro de las Musas pone espanto.

Estotro que sus versos encarama  
sobre los mismos hombros de Calisto,  
tan celebrado siempre de la fama,

es aquel agradable, aquel bienquisto,  
aquel agudo, aquel sonoro y grave  
sobre cuantos poetas Febo ha visto;

aquel que tiene de escribir la llave  
con gracia y agudeza en tanto extremo,  
que su igual en el orbe no se sabe:

es don Luis De Góngora, a quien temo  
agraviar en mis cortas alabanzas,  
aunque las suba al grado más supremo.

¡Oh tú, divino espíritu, que alcanzas  
ya el premio merecido a tus deseos  
y a tus bien colocadas esperanzas;

ya en nuevos y justísimos empleos,  
divino Herrera, tu caudal se aplica,  
aspirando del cielo a los trofeos!

Ya de tu hermosa Luz, y clara, y rica,  
el bello resplandor miras seguro,  
en la que [el] alma tuya beatifica;

y, arrimada tu yedra al fuerte muro  
de la inmortalidad, no estimas cuanto  
mora en las sombras deste mundo oscuro.

Y tú, don Juan De Jáurigui, que a tanto  
el sabio curso de tu pluma aspira,  
que sobre las esferas le levanto,

aunque Lucano por tu voz respira,  
déjale un rato y, con piadosos ojos,  
a la necesidad de Apolo mira;

que te están esperando mil despojos  
de otros mil atrevidos, que procuran  
fértiles campos ser, siendo rastrojos.

Y tú, por quien las Musas aseguran  
su partido, don Félix Arias, siente  
que por su gentileza te conjuran

y ruegan que defiendas desta gente  
*non sancta* su hermosura, y de Aganipe  
y de Hipocrene la inmortal corriente.

¿Consentirás tú, a dicha, participe  
del licor suavísimo un poeta  
que al hacer de sus versos sude y hipe?

No lo consentirás, pues tu discreta  
vena, abundante y rica, no permite  
cosa que sombra tenga de imperfecta.

«Señor, éste que aquí viene se quite»,  
dije a Mercurio, «que es un chacho necio  
que juega, y es de sátiras su envite.

Éste sí que podrás tener en precio,  
que es Alonso De Salas Barbadillo,  
a quien me inclino y sin medida aprecio.

Éste que viene aquí, si he de decillo,  
no hay para qué le embarques; y así, puedes  
borrarle». Dijo el dios: «Gusto de oílo».

«Es un cierto rapaz, que a Ganimedes  
quiere imitar, vistiéndose a lo godó;  
y así, aconsejo que sin él te quedés.

No lo harás con éste dese modo,  
que es el gran Luis Cabrera, que, pequeño,  
todo lo alcanza, pues lo sabe todo;

es de la historia conocido dueño,  
y en discursos discretos tan discreto,  
que a Tácito verás si te le enseño.

Éste que viene es un galán sujeto  
de la varia fortuna a los vaivenes  
y del mudable tiempo al duro aprieto:

un tiempo rico de caducos bienes,  
y ahora de los firmes e inmutables  
más rico, a tu mandar firme le tienes;

pueden los altos riscos siempre estables  
ser tocados del mar, mas no movidos  
de sus ondas en cursos variables;

ni menos a la tierra trae rendidos  
los altos cedros Bóreas, cuando, airado,  
quiere humillar los más fortalecidos.

Y éste que vivo ejemplo nos ha dado  
desta verdad con tal filosofía,  
don Lorenzo Ramírez es de prado.

Déste que se le sigue aquí diría  
que es don Antonio De Monroy, que veo  
en él lo que es ingenio y cortesía;

satisfación al más alto deseo  
puede dar de valor heroico y ciencia,  
pues mil descubro en él y otras mil creo.

Éste es un caballero de presencia  
agradable y que tiene de Torcato  
el alma sin alguna diferencia;

de don Antonio De Paredes trato,  
a quien dieron las Musas, sus amigas,  
en tierna edad anciano ingenio y trato.

Éste que por llevarle te fatigas,  
es don Antonio De Mendoza, y veo  
cuánto en llevarle al sacro Apolo obligas.

Éste que de las Musas es recreo,  
la gracia y el donaire y la cordura,  
que de la discreción lleva el trofeo,

es Pedro De Morales, propia hechura  
del gusto cortesano, y es asilo  
adonde se repara mi ventura.

Éste, aunque tiene parte de Zoílo,  
es el grande Espinel, que en la guitarra  
tiene la prima y en el raro estilo.

Éste que tanto allá tira la barra  
que las cumbres se deja atrás de Pindo,  
que jura, que vocea y que desgarras,

tiene más de poeta que de lindo,  
y es Jusepe De Vargas, cuyo astuto  
ingenio y rara condición deslindo.

Éste, a quien pueden dar justo tributo  
la gala y el ingenio que más pueda  
ofrecer a las Musas flor y fruto,

es el famoso Andrés De Balmaseda,  
de cuyo grave y dulce entendimiento  
el magno Apolo satisfecho queda.

Éste es Enciso, gloria y ornamento  
del Tajo, y claro honor de Manzanares,  
que con tal hijo aumenta su contento.

Éste, que es escogido entre millares,  
de Guevara Luis Vélez es el bravo,  
que se puede llamar quitapesares;

es poeta gigante, en quien alabo  
el verso numeroso, el peregrino  
ingenio, si un Gnatón nos pinta, o un Davo.

Éste es don Juan De España, que es más digno  
de alabanzas divinas que de humanas,  
pues en todos sus versos es divino.

Éste, por quien de Luso están ufanas  
las Musas, es Silveira, aquel famoso  
que por llevarle con razón te aфанas.

Éste que se le sigue es el curioso  
gran don Pedro De Herrera, conocido  
por de ingenio elevado en punto honroso.

Éste que de la cárcel del olvido  
sacó otra vez a Proserpina hermosa,  
con que a España y al Dauro ha enriquecido,

verásle, en la contienda rigurosa  
que se teme y se espera en nuestros días  
(culpa de nuestra edad poco dichosa),

mostrar de su valor las lozanías;  
pero ¿qué mucho, si es aquéste el docto  
y grave don Francisco De Farías?

Éste, de quien yo fui siempre devoto,  
oráculo y Apolo de Granada,  
y aun deste clima nuestro y del remoto,

Pedro Rodríguez es. Éste es Tejada,  
de altitonantes versos y sonoros,  
con majestad en todo levantada.

Éste que brota versos por los poros  
y halla patria y amigos dondequiera,  
y tiene en los ajenos sus tesoros,

es Medinilla, el que la vez primera  
cantó el *Romance de la tumba oscura*,  
entre cipreses puestos en hilera.

Éste que en verdes años se apresura  
y corre al sacro lauro, es don Fernando  
Bermúdez, donde vive la cordura.

Éste es aquel poeta memorando  
que mostró de su ingenio la agudeza,  
en las selvas de Erífile cantando.

Éste que la coluna nueva empieza,  
con estos dos que con su ser convienen,  
nombrarlos aun lo tengo por bajeza.

Miguel Cejudo y Miguel Sánchez vienen  
juntos aquí, ¡oh par sin par!; en éstos  
las sacras Musas fuerte amparo tienen;

que en los pies de sus versos bien compuestos,  
llenos de erudición rara y dotrina,  
al ir al grave caso serán prestos.

Este gran caballero, que se inclina  
a la lección de los poetas buenos,  
y al sacro monte con su luz camina,

don Francisco De Silva es por lo menos;  
¿qué será por lo más? ¡Oh edad madura  
en verdes años de cordura llenos!

Don Gabriel Gómez viene aquí; segura  
tiene con él Apolo la vitoria  
de la canalla siempre necia y dura.

Para honor de su ingenio, para gloria  
de su florida edad, para que admire  
siempre de siglo en siglo su memoria,

en este gran sujeto se retire  
y abrevie la esperanza deste hecho,  
y Febo al gran Valdés atento mire.

Verá en él un gallardo y sabio pecho,  
un ingenio sutil y levantado,  
con que le deje en todo satisfecho.

FIGUEROA es estotro, el doctorado,  
que cantó de Amarili la costancia  
en dulce prosa y verso regalado.

Cuatro vienen aquí en poca distancia,  
con mayúsculas letras de oro escritos,  
que son del alto asunto la importancia;

de tales cuatro, siglos infinitos  
durará la memoria, sustentada  
en la alta gravedad de sus escritos;

del claro Apolo la real morada,  
si viniere a caer de su grandeza,  
será por estos cuatro levantada;

en ellos nos cifró Naturaleza  
el todo de las partes, que son dignas  
de gozar celsitud, que es más que alteza.

Esta verdad, gran Conde De Salinas,  
bien la acreditas con tus raras obras,  
que en los términos tocan de divinas.

Tú, el de Esquilache Príncipe, que cobras  
de día en día crédito tamaño,  
que te adelantas a ti mismo y sobras,

serás escudo fuerte al grave daño  
que teme Apolo, con ventajas tantas,  
que no te espere el escuadrón tacaño.

Tú, Conde De Saldaña, que con plantas  
tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,  
y en alas de tu ingenio te levantas,

hacha has de ser de inestinguible lumbre,  
que guíe al sacro monte al deseoso  
de verse en él, sin que la luz deslumbre.

Tú, el de Villamediana, el más famoso  
de cuantos entre griegos y latinos  
alcanzaron el lauro venturoso,

cruzarás por las sendas y caminos  
que al monte guían, porque más seguros  
lleguen a él los simples peregrinos;

a cuya vista destos cuatro muros  
de Parnaso, caerán las arrogancias  
de los mancebos, sobre necios, duros.

¡Oh cuántas y cuán graves circunstancias  
dijera destos cuatro, que felices  
aseguran de Apolo las ganancias!

Y más, si se les llega el De Alcañices  
Marqués insigne, harán (puesto que hay una  
en el mundo no más) cinco fenices;

cada cual de por sí será coluna  
que sustente y levante el edificio  
de Febo sobre el cerco de la luna.

Éste, puesto que acude al grave oficio  
en que se ocupa, el lauro [y] palma lleva,  
que Apolo da por honra y beneficio;

en esta ciencia es maravilla nueva,  
y en la jurispericia único y raro:  
su nombre es don Francisco De La Cueva.

Éste, que con Homero le comparo,  
es el gran don Rodrigo De Herrera,  
insigne en letras y en virtudes raro.

Éste que se le sigue es el De Vera  
Don Juan, que por su espada y por su pluma  
le honran en la quinta y cuarta esfera.

Éste que el cuerpo y aun el alma bruma  
de mil, aunque no muestra ser cristiano,  
sus escritos el tiempo no consuma».

Cayóseme la lista de la mano  
en este punto, y dijo el dios: «Con éstos  
que has referido está el negocio llano.

Haz que con pies y pensamientos prestos  
vengan aquí, donde aguardando quedo  
la fuerza de tan válidos supuestos».

«Mal podrá don Francisco De Quevedo  
venir», dije yo entonces; y él me dijo:  
«Pues partirme sin él de aquí no puedo.

Ése es hijo de Apolo, ése es hijo  
de Calíope Musa; no podemos  
irnos sin él, y en esto estaré fijo;

es el flagelo de poetas memos,  
y echará a puntillazos del Parnaso  
los malos que esperamos y tenemos».

«¡Oh señor», repliqué, «que tiene el paso  
corto y no llegará en un siglo entero!»  
«Deso», dijo Mercurio, «no hago caso,

que el poeta que fuere caballero,  
sobre una nube entre pardilla y clara  
vendrá muy a su gusto caballero».

«Y el que no», pregunté, «¿qué le prepara  
Apolo? ¿Qué carrozas, o qué nubes?  
¿Qué dromerio, o alfana en paso rara?»

«Mucho», me respondió, «mucho te subes  
en tus preguntas; calla y obedece».  
«Sí haré, pues no es infando lo que *jubes*».

Esto le respondí, y él me parece  
que se turbó algún tanto; y en un punto  
el mar se turba, el viento sopla y crece.

Mi rostro entonces, como el de un difunto  
se debió de poner; y sí haría,  
que soy medroso, a lo que yo barrunto.

Vi la noche mezclarse con el día;  
las arenas del hondo mar alzarse  
a la región del aire, entonces fría.

Todos los elementos vi turbarse:  
la tierra, el agua, el aire, y aun el fuego  
vi entre rompidas nubes azorarse.

Y, en medio deste gran desasosiego,  
llovían nubes de poetas llenas  
sobre el bajel, que se anegara luego,

si no acudieran más de mil sirenas  
a dar de azotes a la gran borrasca,  
que hacía el saltarel por las antenas.

Una, que ser pensé Juana la Chasca,  
de dilatado vientre y luengo cuello,  
pintiparado a aquel de la tarasca,

se llegó a mí, y me dijo: «De un cabello  
deste bajel estaba la esperanza  
colgada, a no venir a socorrello.

Traemos, y no es burla, a la Bonanza,  
que estaba descuidada oyendo atenta  
los discursos de un cierto Sancho Panza».

En esto, sosegóse la tormenta,  
volvió tranquilo el mar, serenó el cielo,  
que al regañón el céfiro le ahuyenta.

Volví la vista, y vi en ligero vuelo  
una nube romper el aire claro,  
de la color del condensado yelo.

¡Oh maravilla nueva! ¡Oh caso raro!  
Vilo, y he de decillo, aunque se dude  
del hecho que por brújula declaro.

Lo que yo pude ver, lo que yo pude  
notar fue que la nube, dividida  
en dos mitades, a llover acude.

Quien ha visto la tierra prevenida  
con tal disposición que, cuando llueve  
(cosa ya averiguada y conocida),

de cada gota en un instante breve  
del polvo se levanta o sapo o rana,  
que a saltos o despacio el paso mueve,

tal se imagine ver, ¡oh soberana  
virtud!, de cada gota de la nube  
saltar un bulto, aunque con forma humana.

Por no creer esta verdad estuve  
mil veces; pero vilo con la vista,  
que entonces clara y sin legañas tuve.

Eran aquestos bultos de la lista  
pasada los poetas referidos,  
a cuya fuerza no hay quien la resista.

Unos por hombres buenos conocidos,  
otros de rumbo y hampo, y Dios es Cristo,  
poquitos bien y muchos mal vestidos.

Entre ellos parecióme de haber visto  
a don Antonio De Galarza el bravo,  
gentilhombre de Apolo y muy bienquisto.

El bajel se llenó de cabo a cabo,  
y su capacidad a nadie niega  
copioso asiento, que es lo más que alabo.

Llovió otra nube al gran Lope De Vega,  
poeta insigne, a cuyo verso o prosa  
ninguno le aventaja, ni aun le llega.

Era cosa de ver maravillosa  
de los poetas la apretada enjambre,  
en recitar sus versos muy melosa:

éste muerto de sed, aquél de hambre.  
Yo dije, viendo tantos, con voz alta:  
«¡Cuerpo de mí con tanta poetambre!»

Por tantas sobras conoció una falta  
Mercurio, y, acudiendo a remedialla,  
ligero en la mitad del bajel salta;

y con una zaranda que allí halla,  
no sé si antigua o si de nuevo hecha,  
zarandó mil poetas de gramalla.

Los de capa y espada no desecha,  
y éstos zarandó dos mil y tantos;  
que fue de guilla entonces la cosecha:

colábanse los buenos y los santos,  
y quedábanse arriba los granzones,  
más duros en sus versos que los cantos;

y, sin que les valiesen las razones  
que en su disculpa daban, daba luego  
Mercurio al mar con ellos a montones.

Entre los arrojados, se oyó un ciego,  
que murmurando entre las ondas iba  
de Apolo con un pésete y reniego.

Un sastre, aunque en sus pies flojos estriba,  
abriendo con los brazos el camino,  
dijo: «¡Sucio es Apolo, así yo viva!»

Otro, que al parecer iba mohíno,  
con ser un zapatero de obra prima,  
dijo dos mil, no un solo desatino.

Trabaja un tundidor, suda y se anima  
por verse a la ribera conducido,  
que más la vida que la honra estima.

El escuadrón nadante, reducido  
a la marina, vuelve a la galera  
el rostro, con señales de ofendido;

y [u]no por todos dijo: «Bien pudiera  
ese chocante embajador de Febo  
tratarnos bien, y no desta manera.

Mas oigan lo que digo: yo me atrevo  
a profanar del monte la grandeza  
con libros nuevos y en estilo nuevo».

Calló Mercurio, y a poner empieza  
con gran curiosidad seis camarines,  
dando a la gracia ilustre rancho y pieza

De nuevo resonaron los clarines;  
y así, Mercurio, lleno de contento,  
sin darle mal agüero los delfines,  
remos al agua dio, velas al viento.

### CAPÍTULO TERCERO

Eran los remos de la real galera  
de esdrújulos, y dellos compelida  
se deslizaba por el mar ligera.

Hasta el tope la vela iba tendida,  
hecha de muy delgados pensamientos,  
de varios lizos por amor tejida.

Soplaban dulces y amorosos vientos,  
todos en popa, y todos se mostraban  
al gran viaje solamente atentos.

Las sirenas en torno navegaban,  
dando empellones al bajel lozano,  
con cuya ayuda en vuelo le llevaban.

Semejaban las aguas del mar cano  
colchas encarrujadas, y hacían  
azules visos por el verde llano.

Todos los del bajel se entretenían:  
unos glosando pies dificultosos,

otros cantaban, otros componían;

otros, de los tenidos por curiosos,  
referían sonetos, muchos hechos  
a diferentes casos amorosos;

otros, alfeñicados y deshechos  
en puro azúcar, con la voz süave,  
de su melifluidad muy satisfechos,

en tono blando, sosegado y grave,  
églogas pastorales recitaban,  
en quien la gala y la agudeza cabe;

otros de sus señoras celebraban,  
en dulces versos, de la amada boca  
los escrementos que por ella echaban.

Tal hubo a quien amor así le toca,  
que alabó los riñones de su dama  
con gusto grande y no elegancia poca.

Uno cantó que la amorosa llama  
en mitad de las aguas le encendía,  
y como toro agarrochado brama.

Desta manera andaba la Poesía  
de en uno en otro, haciendo que hablase  
éste latín, aquél algarabía.

En esto, sesga la galera, vase  
rompiendo el mar con tanta ligereza,  
que el viento aun no consie[n]te que la pase;

y, en esto, descubrióse la grandeza  
de la escombrada playa de Valencia,  
por arte hermosa y por naturaleza.

Hizo luego de sí grata presencia  
el gran don Luis Ferrer, marcado el pecho  
de honor y el alma de divina ciencia;

desembarcóse el dios, y fue derecho  
a darle cuatro mil y más abrazos,  
de su vista y su ayuda satisfecho.

Volvió la vista, y reiteró los lazos  
en don Guillén De Castro, que venía

deseoso de verse en tales brazos.

Cristóbal De Virués se le seguía,  
con Pedro De Aguilar, junta famosa  
de las que Turia en sus riberas cría.

No le pudo llegar más valerosa  
escuadra al gran Mercurio, ni él pudiera  
desearla mejor ni más honrosa.

Luego se descubrió por la ribera  
un tropel de gallardos valencianos,  
que a ver venían la sin par galera;

todos con instrumentos en las manos  
de estilos y librillos de memoria,  
por bizarría y por ingenio ufanos,

codiciosos de hallarse en la vitoria,  
que ya tenían por segura y cierta,  
de las heces del mundo y de la escoria.

Pero Mercurio les cerró la puerta,  
digo, no consintió que se embarcasen,  
y el porqué no lo dijo, aunque se acierta.

Y fue, porque temió que no se alzasen,  
siendo tantos y tales, con Parnaso,  
y nuevo imperio y mando en él fundasen.

En esto, viose con bríoso paso  
venir al magno Andrés Rey De Artieda,  
no por la edad descaecido o laso;

hicieron todos espaciosa rueda,  
y, cogiéndole en medio, le embarcaron,  
más rico de valor que de moneda.

Al momento las áncoras alzaron,  
y las velas, ligadas a la entena,  
los grumetes apriesa desataron.

De nuevo por el aire claro suena  
el son de los clarines, y de nuevo  
vuelve a su oficio cada cual sirena.

Miró el bajel por entre nubes Febo,  
y dijo en voz que pudo ser oída:

«Aquí mi gusto y mi esperanza llevo».

De remos y sirenas impelida,  
la galera se deja atrás el viento,  
con milagrosa y próspera corrida.

Leíase en los rostros el contento  
que llevaban los sabios pasajeros,  
durable por no ser nada violento.

Unos por el calor iban en cueros;  
otros, por no tener godescas galas,  
en traje se vistieron de romeros.

Hendía en tanto las neptúneas salas  
la galera, del modo como hiende  
la grulla el aire con tendidas alas.

En fin, llegamos donde el mar se estiende  
y ensancha y forma el golfo de Narbona,  
que de ningunos vientos se defiende.

Del gran Mercurio la cabal persona,  
sobre seis resmas de papel sentada,  
iba con cetro y con real corona;

cuando una nube, al parecer preñada,  
parió cuatro poetas en crujía,  
o los llovió (razón más concertada).

Fue el uno aquél de quien Apolo fía  
su honra: Juan Luis De Casanate,  
poeta insigne de mayor cuantía;

el mismo Apolo de su ingenio trate,  
él le alabe, él le premie y recompense,  
que el alabarle yo sería dislate.

Al segundo llovido, el uticense  
Catón no le igualó, ni tiene Febo  
que tanto por él mire ni en él piense;

del contador Gaspar De Barrionuevo,  
mal podrá el corto flaco ingenio mío  
loar el suyo así como yo debo.

Llenó del gran bajel el gran vacío  
el gran Francisco De Rioja, al punto

que saltó de la nube en el navío.

A Cristóbal De Mesa vi allí junto  
a los pies de Mercurio, dando fama  
a Apolo, siendo dél propio trasumpto.

A la gavia un grumete se encarama,  
y dijo a voces: «La ciudad se muestra  
que Génova, del dios Jano, se llama».

«Déjese la ciudad a la siniestra  
mano», dijo Mercurio; «el bajel vaya,  
y siga su derrota por la diestra».

Hacer al Tíber vimos blanca raya  
dentro del mar, habiendo ya pasado  
la ancha, romana y peligrosa playa.

De lejos viose el aire condensado  
del humo que el Estrómbalo vomita,  
de azufre y llamas y de horror formado.

Huyen la isla infame, y solicita  
el süave poniente así el viaje,  
que lo acorta, lo allana y facilita.

Vímonos en un punto en el paraje  
do la nutriz de Eneas piadoso  
hizo el forzoso y último pasaje.

Vimos desde allí a poco el más famoso  
monte que encierra en sí nuestro emisfero,  
más gallardo a la vista y más hermoso;

las cenizas de Tí tiro y Sincero  
están en él, y puede ser por esto  
nombrado entre los montes por primero.

Luego se descubrió donde echó el resto  
de su poder Naturaleza, amiga  
de formar de otros muchos un compuesto.

Viose la pesadumbre sin fatiga  
de la bella Parténope, sentada  
a la orilla del mar, que sus pies liga,

de castillos y torres coronada,  
por fuerte y por hermosa en igual grado

tenida, conocida y estimada.

Mandóme el del alígero calzado  
que me aprestase y fuese luego a tierra  
a dar a los LupercioS un recado,

en que les diese cuenta de la guerra  
temida, y que a venir les persuadiese  
al duro y fiero asalto, al ¡cierra, cierra!

«Señor», le respondí, «si acaso hubiese  
otro que la embajada les llevase,  
que más grato a los dos hermanos fuese

que yo no soy, sé bien que negociase  
mejor». Dijo Mercurio: «No te entiendo,  
y has de ir antes que el tiempo más se pase».

«Que no me han de escuchar estoy temiendo»,  
le repliqué; «y así, el ir yo no importa,  
puesto que en todo obedecer pretendo.

Que no sé quién me dice y quién me exhorta  
que tienen para mí, a lo que imagino,  
la voluntad, como la vista, corta.

Que si esto así no fuera, este camino  
con tan pobre recámara no hiciera,  
ni diera en un tan hondo desatino.

Pues si alguna promesa se cumpliera  
de aquellas muchas que al partir me hicieron,  
lléveme Dios si entrara en tu galera.

Mucho esperé, si mucho prometieron,  
mas podía ser que ocupaciones nuevas  
les obligue a olvidar lo que dijeron.

Muchos, señor, en la galera llevas  
que te podrán sacar el pie del lodo:  
parte, y excusa de hacer más pruebas».

«Ninguno», dijo, «me hable dese modo,  
que si me desembarco y los embisto,  
voto a Dios, que me traiga al Conde y todo.

Con estos dos famosos me enemisto,  
que, habiendo levantado a la Poesía

al buen punto en que está, como se ha visto,

quieren con perezosa tiranía  
alzarse, como dicen, a su mano  
con la ciencia que a ser divinos guía.

¡Por el solio de Apolo soberano  
juro...! Y no digo más». Y, ardiendo en ira,  
se echó a las barbas una y otra mano,

y prosiguió diciendo: «El dotor MIRA,  
apostaré, si no lo manda el Conde,  
que también en sus puntos se retira.

Señor galán, parezca: ¿a qué se asconde?  
Pues a fee, por llevarle, si él no gusta,  
que ni le busque, aseche ni le ronde.

¿Es esta empresa acaso tan injusta  
que se esquiven de hallar en ella cuantos  
tienen conciencia limitada y justa?

¿Carece el cielo de poetas santos,  
puesto que brote a cada paso el suelo  
poetas, que lo son tantos y tantos?

¿No se oyen sacros himnos en el cielo?  
¿La arpa de David allá no suena,  
causando nuevo accidental consuelo?

¡Fuera melindres! ¡Ícese la antena,  
que llegue al tope!» Y luego obedecido  
fue de la chusma, sobre buenas buena.

Poco tiempo pasó, cuando un rüido  
se oyó, que los oídos atronaba,  
y era de perros áspero ladrido.

Mercurio se turbó, la gente estaba  
suspensa al triste son, y en cada pecho  
el corazón más válido temblaba.

En esto descubrióse el corto estrecho  
que Scila y que Caribdis espantosas  
tan temeroso con su furia han hecho.

«Estas olas que veis presunt[ü]osas  
en visitar las nubes de contino,

y aun de tocar el cielo codiciosas,

venciólas el prudente peregrino  
amante de Calipso, al tiempo cuando  
hizo», dijo Mercurio, «este camino.

Su prudencia nosotros imitando,  
echaremos al mar en qué se ocupen,  
en tanto que el bajel pasa volando,

que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen  
el mísero que al mar ha de entregarse,  
seguro estoy que el paso desocupen.

Miren si puede en la galera hallarse  
algún poeta desdichado, acaso,  
que a las fieras gargantas pueda darse».

Buscáronle y hallaron a Lofraso,  
poeta militar, sardo, que estaba  
desmayado a un rincón, marchito y laso;

que a sus *Diez libros de Fortuna* andaba  
añadiendo otros diez, y el tiempo escoge  
que más desocupado se mostraba.

Gritó la chusma toda: «¡Al mar se arroje;  
vaya Lofraso al mar sin resistencia!»  
«Por Dios», dijo Mercurio, «que me enoje.

¿Cómo, y no será cargo de conciencia,  
y grande, echar al mar tanta poesía,  
puesto que aquí nos hunda su inclemencia?

Viva Lofraso, en tanto que dé al día  
Apolo luz, y en tanto que los hombres  
tengan discreta, alegre fantasía.

Tócante a ti, ¡oh Lofraso!, los renombres  
y epítetos de agudo y de sincero,  
y gusto que mi cómitre te nombres».

Esto dijo Mercurio al caballero,  
el cual en la crujía en pie se puso  
con un rebenque despiadado y fiero.

Creo que de sus versos le compuso,  
y no sé cómo fue, que, en un momento

(o ya el cielo, o Lofraso lo dispuso),

salimos del estrecho a salvamento,  
sin arrojar al mar poeta alguno:  
¡tanto del sardo fue el merecimiento!

Mas luego otro peligro, otro importuno  
temor amenazó, si no gritara  
Mercurio cual jamás gritó ninguno,

diciendo al timonero: «¡A orza, para,  
amáinese de golpe!» Y todo a un punto  
se hizo, y el peligro se repara.

«Estos montes que veis, que están tan junto  
son los que Acroceraunos son llamados,  
de infame nombre, como yo barrunto».

Asieron de los remos los honrados,  
los tiernos, los melifluos, los godescos,  
y los de a cantimplora acostumbrados;

los fríos los asieron y los frescos;  
asiéronlos también los calurosos,  
y los de calzas largas y greguescos;

del sopraestante daño temerosos,  
todos a una la galera empujan  
con flacos y con brazos poderosos.

Debajo del bajel se somurmujan  
las sirenas, que dél no se apartaron,  
y a sí mismas en fuerzas sobrepujan;

y en un pequeño espacio la llevaron  
a vista de Corfú, y a mano diestra  
la isla inexpugnable se dejaron;

y, dando la galera a la siniestra,  
discurría de Grecia las riberas,  
adonde el cielo su hermosura muestra.

Mostrábanse las olas lisonjeras,  
impeliendo el bajel suavemente,  
como burlando con alegres veras.

Y luego, al parecer por el Oriente  
rayando el rubio sol nuestro horizonte

con rayas rojas, hebras de su frente,

gritó un grumete y dijo: «El monte, el monte;  
el monte se descubre donde tiene  
su buen rocín el gran Belorofonte».

Por el monte se arroja, y a pie viene  
Apolo a recibirnos. «Yo lo creo»,  
dijo Lofraso, «y llega a la Hipocrene.

Yo desde aquí columbro, miro y veo  
que se andan solazando entre unas matas  
las Musas con dulcísimo recreo:

unas antiguas son, otras novatas,  
y todas con ligero paso y tardo  
andan las cinco en pie, las cuatro a gatas».

«Si tú tal ves», dijo Mercurio, «¡oh sardo  
poeta!, que me corten las orejas,  
o me tengan los hombres por bastardo.

Dime: ¿por qué algún tanto no te alejas  
de la ignorancia, pobretón, y adviertes  
lo que cantan tus rimas en tus quejas?

¿Por qué con tus mentiras nos diviertes  
de recibir a Apolo cual se debe,  
por haber mejorado vuestras suertes?»

En esto, mucho más que el viento leve,  
bajó el lucido Apolo a la marina,  
a pie, porque en su carro no se atreve.

Quitó los rayos de la faz divina,  
mostróse en calzas y en jubón vistoso,  
porque dar gusto a todos determina.

Seguíale detrás un numeroso  
escuadrón de doncellas bailadoras,  
aunque pequeñas, de ademán brioso.

Supe poco después que estas señoras,  
sanas las más, las menos malparadas,  
las del tiempo y del sol eran las Horas:

las medio rotas eran las menguadas;  
las sanas, las felices, y con esto

eran todas en todo apresuradas.

Apolo luego con alegre gesto  
abrazó a los soldados que esperaba  
para la alta ocasión que se ha propuesto;

y no de un mismo modo acariciaba  
a todos, porque alguna diferencia  
hacía con los que él más se alegraba;

que a los de señoría y excelencia  
nuevos abrazos dio, razones dijo,  
en que guardó decoro y preeminencia.

Entre ellos abrazó a don Juan De Arguijo,  
que no sé en qué, o cómo, o cuándo hizo  
tan áspero viaje y tan prolijo;

con él a su deseo satisfizo  
Apolo, y confirmó su pensamiento:  
mandó, vedó, quitó, hizo y deshizo.

Hecho, pues, el sin par recibimiento,  
do se halló don Luis De Barahona,  
llevado allí por su merecimiento,

del siempre verde lauro una corona  
le ofrece Apolo en su intención, y un vaso  
del agua de Castalia y de Helicon;

y luego vuelve el majestoso paso,  
y el escuadrón pensado y de repente  
le sigue por las faldas del Parnaso.

Llegóse, en fin, a la Castalia fuente,  
y, en viéndola, infinitos se arrojaron,  
sedientos, al cristal de su corriente:

unos no solamente se hartaron,  
sino que pies y manos y otras cosas  
algo más indecentes se lavaron;

otros, más advertidos, las sabrosas  
aguas gustaron poco a poco, dando  
espacio al gusto, a pausas melindrosas.

El brindez y el caraos se puso en bando,  
porque los más de bruces, y no a sorbos,

el süave licor fueron gustando;

de ambas manos hacían vasos corvos  
otros, y algunos de la boca al agua  
temían de hallar cien mil estorbos.

Poco a poco la fuente se desagua,  
y pasa en los estómagos bebientes,  
y aún no se apaga de su sed la fragua.

Mas díjoles Apolo: «Otras dos fuentes  
aún quedan, Aganipe e Hipocrene,  
ambas sabrosas, ambas excelentes;

cada cual de licor dulce y perene,  
todas de calidad aumentativa  
del alto ingenio que a gustarlas viene».

Beben, y suben por el monte arriba,  
por entre palmas y entre cedros altos  
y entre árboles pacíficos de oliva;

de gusto llenos y de angustia faltos,  
siguiendo a Apolo el escuadrón camina,  
unos a pedicoj, otros a saltos.

Al pie sentado de una antigua encina,  
vi a Alonso De Ledesma, componiendo  
una canción angélica y divina;

conocíle, y a él me fui corriendo  
con los brazos abiertos como amigo,  
pero no se movió con el estruendo.

«¿No ves», me dijo Apolo, «que consigo  
no está Ledesma agora? ¿No ves claro  
que está fuera de sí y está conmigo?»

A la sombra de un mirto, al verde amparo,  
Jerónimo De Castro sesteaba,  
varón de ingenio peregrino y raro;

un motete imagino que cantaba  
con voz süave; yo quedé admirado  
de verle allí, porque en Madrid quedaba.

Apolo me entendió y dijo: «Un soldado  
como éste no era bien que se quedara

entre el ocio y el sueño sepultado.

Yo le truje, y sé cómo, que a mi rara  
potencia no la impide otra ninguna,  
ni inconveniente alguno la repara».

En esto, se llegaba la oportuna  
hora, a mi parecer, de dar sustento  
al estómago pobre, y más si ayuna.

Pero no le pasó por pensamiento  
a Delio, que el ejército conduce,  
satisfacer al mísero hambriento.

Primero a un jardín rico nos reduce,  
donde el poder de la Naturaleza  
y el de la industria más campea y luce.

Tuvieron los Hespérides belleza  
menor; no le igualaron los Pensiles  
en sitio, en hermosura y en grandeza;

en su comparación, se muestran viles  
los de Alcinoo, en cuyas alabanzas  
se han ocupado ingenios bien sotiles.

No sujeto del tiempo a las mudanzas,  
que todo el año primavera ofrece  
frutos en posesión, no en esperanzas,

Naturaleza y arte allí parece  
andar en competencia, y está en duda  
cuál vence de las dos, cuál más merece.

Muéstrase balbuciente y casi muda,  
si le alaba, la lengua más experta,  
de adulación y de mentir desnuda.

Junto con ser jardín, era una huerta,  
un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,  
que en todos estos títulos concierta,

de tanta gracia y hermosura lleno,  
que una parte del cielo parecía  
el todo del bellissimo terreno.

Alto en el sitio alegre Apolo hacía,  
y allí mandó que todos se sentasen

a tres horas después de mediodía;

y porque los asientos señalasen  
el ingenio y valor de cada uno,  
y unos con otros no se embarazasen,

a despecho y pesar del importuno  
ambicioso deseo, les dio asiento  
en el sitio y lugar más oportuno.

Llegaban los laureles casi a ciento,  
a cuya sombra y troncos se sentaron  
algunos de aquel número contento;

otros los de las palmas ocuparon;  
de los mirtos y yedras y los robles  
también varios poetas albergaron.

Puesto que humildes, eran de los nobles  
los asientos cual troncos levantados,  
porque tú, ¡oh Envidia!, aquí tu rabia dobles.

En fin, primero fueron ocupados  
los troncos de aquel ancho círculo,  
para honrar a poetas dedicados,

antes que yo en el número infinito  
hallase asiento; y así, en pie quedéme,  
despechado, colérico y marchito.

Dije entre mí: «¿Es posible que se estreme  
en perseguirme la Fortuna airada,  
que ofende a muchos y a ninguno teme?»

Y, volviéndome a Apolo, con turbada  
lengua le dije lo que oirá el que gusta  
saber, pues la tercera es acabada,  
la cuarta parte desta empresa justa.

#### CAPÍTULO CUARTO

Suele la indignación componer versos;  
pero si el indignado es algún tonto,  
ellos tendrán su todo de perversos.

De mí yo no sé más sino que prompto

me hallé para decir en tercia rima  
lo que no dijo el desterrado a Ponto;

y así le dije a Delio: «No se estima,  
señor, del vulgo vano el que te sigue  
y al árbol sacro del laurel se arrima;

la envidia y la ignorancia le persigue,  
y así, envidiado siempre y perseguido,  
el bien que espera por jamás consigue.

Yo corté con mi ingenio aquel vestido  
con que al mundo la hermosa *Galatea*  
salió para librarse del olvido.

Soy por quien *La Confusa*, nada fea,  
pareció en los teatros admirable,  
si esto a su fama es justo se le crea.

Yo, con estilo en parte razonable,  
he compuesto comedias que en su tiempo  
tuvieron de lo grave y de lo afable.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo  
al pecho melancólico y mohíno,  
en cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino  
por do la lengua castellana puede  
mostrar con propiedad un desatino.

Yo soy aquel que en la invención excede  
a muchos; y al que falta en esta parte,  
es fuerza que su fama falta quede.

Desde mis tiernos años amé el arte  
dulce de la agradable poesía,  
y en ella procuré siempre agradarte.

Nunca voló la pluma humilde mía  
por la región satírica: bajeza  
que a infames premios y desgracias guía.

Yo el soneto compuse que así empieza,  
por honra principal de mis escritos:  
*¡Voto a Dios, que me espanta esta grandeza!*

Yo he compuesto romances infinitos,

y el de *Los celos* es aquel que estimo,  
entre otros que los tengo por malditos.

Por esto me congojo y me lastimo  
de verme solo en pie, sin que se aplique  
árbol que me conceda algún arrimo.

Yo estoy, cual decir suelen, puesto a pique  
para dar a la estampa al gran *Pirsiles*,  
con que mi nombre y obras multiplique.

Yo, en pensamientos castos y sotiles,  
dispuestos en soneto[s] de a docena,  
he honrado tres sujetos fregoniles.

También, al par de Filis, mi Silena  
resonó por las selvas, que escucharon  
más de una y otra alegre cantilena,

y en dulces varias rimas se llevaron  
mis esperanzas los ligeros vientos,  
que en ellos y en la arena se sembraron.

Tuve, tengo y tendré los pensamientos,  
merced al cielo que a tal bien me inclina,  
de toda adulación libres y esentos.

Nunca pongo los pies por do camina  
la mentira, la fraude y el engaño,  
de la santa virtud total rüina.

Con mi corta fortuna no me ensaño,  
aunque por verme en pie como me veo,  
y en tal lugar, pondero así mi daño.

Con poco me contento, aunque deseo  
mucho». A cuyas razones enojadas,  
con estas blandas respondió Timbreo:

«Vienen las malas suertes atrasadas,  
y toman tan de lejos la corriente,  
que son temidas, pero no escusadas.

El bien les viene a algunos de repente,  
a otros poco a poco y sin pensallo,  
y el mal no guarda estilo diferente.

El bien que está adquerido, conservallo

con maña, diligencia y con cordura,  
es no menor virtud que el granjeallo.

Tú mismo te has forjado tu ventura,  
y yo te he visto alguna vez con ella,  
pero en el imprudente poco dura.

Mas, si quieres salir de tu querella,  
alegre y no confuso, y consolado,  
dobla tu capa y siéntate sobre ella;

que tal vez suele un venturoso estado,  
cuando le niega sin razón la suerte,  
honrar más merecido que alcanzado».

«Bien parece, señor, que no se advierte»,  
le respondí, «que yo no tengo capa».  
Él dijo: «Aunque sea así, gusto de verte.

La virtud es un manto con que tapa  
y cubre su indecencia la estrechez,  
que esenta y libre de la envidia escapa».

Incliné al gran consejo la cabeza;  
quedéme en pie, que no hay asiento bueno  
si el favor no le labra o la riqueza.

Alguno murmuró, viéndome ajeno  
del honor que pensó se me debía,  
del planeta de luz y virtud lleno.

En esto pareció que cobró el día  
un nuevo resplandor, y el aire oyóse  
herir de una dulcísima armonía.

Y, en esto, por un lado descubrióse  
del sitio un escuadrón de ninfas bellas,  
con que infinito el rubio dios holgóse.

Venía en fin y por remate dellas  
una resplandeciendo, como hace  
el sol ante la luz de las estrellas;

la mayor hermosura se deshace  
ante ella, y ella sola resplandece  
sobre todas, y alegre y satisface.

Bien así semejaba cual se ofrece

entre líquidas perlas y entre rosas  
la Aurora que despunta y amanece;

la rica vestidura, las preciosas  
joyas que la adornaban, competían  
con las que suelen ser maravillosas.

Las ninfas que al querer suyo asistían,  
en el gallardo brío y bello aspecto,  
las artes liberales parecían;

todas con amoroso y tierno afecto,  
con las ciencias más claras y escondidas,  
le guardaban santísimo respecto;

mostraban que en servirla eran servidas,  
y que por su ocasión de todas gentes  
en más veneración eran tenidas.

Su influjo y su reflujo las corrientes  
del mar y su profundo le mostraban,  
y el ser padre de ríos y de fuentes.

Las yerbas su virtud la presentaban;  
los árboles, sus frutos y sus flores;  
las piedras, el valor que en sí encerraban.

El santo amor, castísimos amores;  
la dulce paz, su quietud sabrosa;  
la guerra amarga, todos sus rigores.

Mostrábasele clara la espaciosa  
vía por donde el sol hace continuo  
su natural carrera y la forzosa.

La inclinación o fuerza del destino,  
y de qué estrellas consta y se compone,  
y cómo influye este planeta o signo,

todo lo sabe, todo lo dispone  
la santa y hermosísima doncella,  
que admiración como alegría pone.

Preguntéle al parlero si en la bella  
ninfa alguna deidad se disfrazaba  
que fuese justo el adorar en ella;

porque en el rico adorno que mostraba,

y en el gallardo ser que descubría,  
del cielo y no del suelo semejaba.

«Descubres», respondió, «tu bobería;  
que ha que la tratas infinitos años,  
y no conoces que es la Poesía».

«Siempre la he visto envuelta en pobres paños»,  
le repliqué; «jamás la vi compuesta  
con adornos tan ricos y tamaños;

parece que la he visto descompuesta,  
vestida de color de primavera  
en los días de cutio y los de fiesta».

«Esta, que es la Poesía verdadera,  
la grave, la discreta, la elegante»,  
dijo Mercurio, «la alta y la sincera,

siempre con vestidura rozagante  
se muestra en cualquier acto que se halla,  
cuando a su profesión es importante.

Nunca se inclina o sirve a la canalla  
trovadora, maligna y trafalmeja,  
que en lo que más ignora menos calla.

Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,  
amiga de sonaja y morteruelo,  
que ni tabanco ni taberna deja;

no se alza dos ni aun un coto del suelo,  
grande amiga de bodas y bautismos,  
larga de manos, corta de cerbelo.

Tómanla por momentos parasismos;  
no acierta a pronunciar, y si pronuncia,  
absurdos hace y forma solecismos.

Baco, donde ella está, su gusto anuncia,  
y ella derrama en coplas el poleo,  
con pa y vereda, y el mastranzo y juncia.

Pero aquesta que ves es el aseo,  
la [g]ala de los cielos y la tierra,  
con quien tienen las Musas su bureo;

ella abre los secretos y los cierra,

toca y apunta de cualquiera ciencia  
la superficie y lo mejor que encierra.

Mira con más ahínco su presencia:  
verás cifrada en ella la abundancia  
de lo que en bueno tiene la excelencia;

moran con ella en una misma estancia  
la divina y moral filosofía,  
el estilo más puro y la elegancia;

puede pintar en la mitad del día  
la noche, y en la noche más oscura  
el alba bella que las perlas cría;

el curso de los ríos apresura,  
y le detiene; el pecho a furia incita,  
y le reduce luego a más blandura;

por mitad del rigor se precipita  
de las lucientes armas contrapuestas,  
y da victorias y victorias quita.

Verás cómo le prestan las florestas  
sus sombras, y sus cantos los pastores,  
el mal sus lutos y el placer sus fiestas,

perlas el Sur, Sabea sus olores,  
el oro Tíbar, Hibla su dulzura,  
galas Milán y Lusitania amores.

En fin, ella es la cifra do se apura  
lo provechoso, honesto y deleitable,  
partes con quien se aumenta la ventura.

Es de ingenio tan vivo y admirable,  
que a veces toca en puntos que suspenden,  
por tener no sé qué de inescrutable.

Alábanse los buenos, y se ofenden  
los malos con su voz, y destos tales  
unos la adoran, otros no la entienden.

Son sus obras heroicas inmortales;  
las líricas, süaves de manera  
que vuelven en divinas las mortales.

Si alguna vez se muestra lisonjera,

es con tanta elegancia y artificio,  
que no castigo sino premio espera.

Gloria de la virtud, pena del vicio  
son sus acciones, dando al mundo en ellas  
de su alto ingenio y su bondad indicio».

En esto estaba, cuando por las bellas  
ventanas de jazmines y de rosas  
(que Amor estaba, a lo que entiendo, en ellas),

divisé seis personas religiosas,  
al parecer de honroso y grave aspecto,  
de luengas togas, limpias y pomposas.

Preguntéle a Mercurio: «¿Por qué efecto  
aquéllos no parecen y se encubren,  
y muestran ser personas de respecto?»

A lo que él respondió: «No se descubren,  
por guardar el decoro al alto estado  
que tienen, y así el rostro todos cubren».

«¿Quién son», le repliqué, «si es que te es dado  
decirlo?» Respondióme: «No, por cierto,  
porque Apolo lo tiene así mandado».

«¿No son poetas?» «Sí». «Pues yo no acierto  
a pensar por qué causa se desprecian  
de salir con su ingenio a campo abierto.

¿Para qué se embobecen y se anecian,  
escondiendo el talento que da el cielo  
a los que más de ser suyos se precian?

¡Aquí del rey! ¿Qué es esto? ¿Qué recelo  
o celo les impele a no mostrarse  
sin miedo ante la turba vil del suelo?

¿Puede ninguna ciencia compararse  
con esta universal de la Poesía,  
que límites no tiene do encerrarse?

Pues, siendo esto verdad, saber querría,  
entre los de la carda, cómo se usa  
este miedo, o melindre, o hipocresía.

Hace monseñor versos y rehúsa

que no se sepan, y él los comunica  
con muchos, y a la lengua ajena acusa;

y más que, siendo buenos, multiplica  
la fama su valor, y al dueño canta  
con voz de gloria y de alabanza rica.

¿Qué mucho, pues, si no se le levanta  
testimonio a un pontífice poeta,  
que digan que lo es? Por Dios, que espanta.

Por vida de Lanfusa la discreta,  
que si no se me dice quién son estos  
togados de bonete y de muceta,

que con trazas y modos descompuestos  
tengo de reducir a behetría  
estos tan sosegados y compuestos».

«Por Dios», dijo Mercurio, «y a fee mía,  
que no puedo decirlo, y si lo digo,  
tengo de dar la culpa a tu porfía».

«Dilo, señor, que desde aquí me obligo  
de no decir que tú me lo dijiste»,  
le dije, «por la fe de buen amigo».

Él dijo: «No nos cayan en el chiste,  
llégate a mí, diréte lo al oído,  
pero creo que hay más de los que viste:

aquél que has visto allí del cuello erguido,  
lozano, rozagante y de buen talle,  
de honestidad y de valor vestido,

es el doctor Francisco Sánchez; dalle  
puede, cual debe, Apolo la alabanza,  
que pueda sobre el cielo levantalle;

y aun a más su famoso ingenio alcanza,  
pues en las verdes hojas de sus días  
nos da de santos frutos esperanza.

Aquél que en elevadas fantasías  
y en éstasis sabrosos se regala,  
y tanto imita las acciones mías,

es el maestro HORTENSIO, que la gala

se lleva de la más rara elocuencia  
que en las aulas de Atenas se señala;

su natural ingenio con la ciencia  
y ciencias aprendidas le levanta  
al grado que le nombra la excelencia.

Aquél de amarillez marchita y santa,  
que le encubre de lauro aquella rama  
y aquella hojosa y acopada planta,

fray Juan Baptista Capataz se llama:  
descalzo y pobre, pero bien vestido  
con el adorno que le da la fama.

Aquél que del rigor fiero de olvido  
libra su nombre con eterno gozo,  
y es de Apolo y las Musas bien querido,

anciano en el ingenio y nunca mozo,  
humanista divino, es, según pienso,  
el insigne doctor Andrés Del Pozo.

Un licenciado de un ingenio inmenso  
es aquél, y, aunque en traje mercenario,  
como a señor le dan las Musas censo;

RAMÓN se llama, auxilio necesario  
con que Delio se esfuerza y ve rendidas  
las obstinadas fuerzas del contrario.

El otro, cuyas sienes ves ceñidas  
con los brazos de Dafne en triunfo honroso,  
sus glorias tiene en Alcalá esculpidas;

en su ilustre teatro vitorioso  
le nombra el cisne, en canto no funesto,  
siempre el primero, como a más famoso;

a los donaires suyos echó el resto  
con propiedades al gorrón debidas,  
por haberlos compuesto o descompuesto.

Aquestas seis personas referidas,  
como están en divinos puestos puestas,  
y en sacra religión constituidas,

tienen las alabanzas por molestas

que les dan por poetas, y holgarían  
llevar la loa sin el nombre a cuestras».

«¿Por qué», le pregunté, «señor, porfían  
los tales a escribir y dar noticia  
de los versos que paren y que crían?

También tiene el ingenio su codicia,  
y nunca la alabanza se desprecia  
que al bueno se le debe de justicia.

Aquél que de poeta no se precia,  
¿para qué escribe versos y los dice?  
¿Por qué desdeña lo que más aprecia?

Jamás me contenté ni satisfice  
de hipócritos melindres: llanamente  
quise alabanzas de lo que bien hice».

«Con todo, quiere Apolo que esta gente  
religiosa se tenga aquí secreta»,  
dijo el dios que presume de elocuente.

Oyóse, en esto, el son de una corneta,  
y un «¡trapa, trapa, aparta, afuera, afuera,  
que viene un gallardísimo poeta!»

Volví la vista y vi por la ladera  
del monte un postillón y un caballero  
correr, como se dice, a la ligera;

servía el postillón de pregonero,  
mucho más que de guía, a cuyas voces  
en pie se puso el escuadrón entero.

Preguntóme Mercurio: «¿No conoces  
quién es este gallardo, este brioso?  
Imagino que ya le reconoces».

«Bien sé», le respondí, «que es el famoso  
gran don Sancho De Leiva, cuya espada  
y pluma harán a Delio venturoso;

venceráse sin duda esta jornada  
con tal socorro». Y, en el mismo instante,  
cosa que parecía imaginada,

otro favor no menos importante

para el caso temido se nos muestra,  
de ingenio y fuerzas y valor bastante:

una tropa gentil por la siniestra  
parte del monte se descubre, ¡oh cielos,  
que dais de vuestra providencia muestra!

Aquel discreto Juan De Vasconcelos  
venía delante en un caballo bayo,  
dando a las musas lusitanas celos.

Tras él, el capitán Pedro Tamayo  
venía, y, aunque enfermo de la gota,  
fue al enemigo asombro, fue desmayo;

que por él se vio en fuga y puesto en rota,  
que en los dudosos trances de la guerra  
su ingenio admira y su valor se nota.

También llegaron a la rica tierra,  
puestos debajo de una blanca seña,  
por la parte derecha de la sierra,

otros, de quien tomó luego reseña  
Apolo; y era dellos el primero  
el joven don Fernando De Lodeña,

poeta primerizo, insigne empero,  
en cuyo ingenio Apolo deposita  
sus glorias para el tiempo venidero.

Con majestad real, con inaudita  
pompa llegó, y al pie del monte para  
quien los bienes del monte solicita:

el licenciado fue Juan De Vergara  
el que llegó, con quien la turba ilustre  
en sus vecinos miedos se repara,

de Esculapio y de Apolo gloria y lustre,  
si no, dígalo el santo bien partido,  
y su fama la misma envidia ilustre.

Con él, fue con aplauso recibido  
el docto Juan Antonio De Herrera,  
que puso en fil el desigual partido.

¡Oh, quién con lengua en nada lisonjera,

sino con puro afecto en grande exceso,  
dos que llegaron alabar pudiera!

Pero no es de mis hombros este peso:  
fueron los que llegaron los famosos,  
los dos maestros Calvo y Valdivieso.

Luego se descubrió por los undosos  
llanos del mar una pequeña barca  
impelida de remos presurosos;

llegó, y al punto della desembarca  
el gran don Juan De Argote y De Gamboa,  
en compañía de don Diego Abarca,

sujetos dignos de incesable loa;  
y don Diego Jiménez y De Anciso  
dio un salto a tierra desde la alta proa.

En estos tres la gala y el aviso  
cifró cuanto de gusto en sí contienen,  
como su ingenio y obras dan aviso.

Con Juan López Del Valle otros dos vienen  
juntos allí, y es PAMONÉS el uno,  
con quien las Musas ojeriza tienen,

porque pone sus pies por do ninguno  
los puso, y con sus nuevas fantasías  
mucho más que agradable es importuno.

De lejas tierras por incultas vías  
llegó el bravo irlandés don Juan Bateo,  
Jerjes nuevo en memoria en nuestros días.

Vuelvo la vista, a Mantüano veo,  
que tiene al gran VELASCO por mecenas,  
y ha sido acertadísimo su empleo;

dejarán estos dos en las ajenas  
tierras, como en las propias, dilatados  
sus nombres, que tú, Apolo, así lo ordenas.

Por entre dos fructíferos collados  
(¿habrá quien esto crea, aunque lo entienda?)  
de palmas y laureles coronados,

el grave aspecto del abad Maluenda

pareció, dando al monte luz y gloria  
y esperanzas de triunfo en la contienda;

pero, ¿de qué enemigos la vitoria  
no alcanzará un ingenio tan florido  
y una bondad tan digna de memoria?

Don Antonio Gentil De Vargas, pido  
espacio para verte, que llegaste  
de gala y arte y de valor vestido;

y, aunque de patria ginovés, mostraste  
ser en las musas castellanas docto,  
tanto, que al escuadrón todo admiraste.

Desde el indio apartado del remoto  
mundo, llegó mi amigo Montedoca,  
y el que anudó de Arauco el nudo roto;

dijo Apolo a los dos: «A entrambos toca  
defender esta vuestra rica estancia  
de la canalla de vergüenza poca,

la cual, de error armada y de arrogancia,  
quiere canonizar y dar renombre  
inmortal y divino a la ignorancia;

que tanto puede la afición que un hombre  
tiene a sí mismo, que, ignorante siendo,  
de buen poeta quiere alcanzar nombre».

En esto, otro milagro, otro estupendo  
prodigio se descubre en la marina,  
que en pocos versos declarar pretendo.

Una nave a la tierra tan vecina  
llegó, que desde el sitio donde estaba  
se ve cuanto hay en ella y determina;

de más de cuatro mil salmas pasaba  
(que otros suelen llamarlas toneladas),  
ancho de vientre y de estatura brava:

así como las naves que cargadas  
llegan de la oriental India a Lisboa,  
que son por las mayores estimadas,

ésta llegó desde la popa a proa

cubierta de poetas, mercancía  
de quien hay saca en Calicut y en Goa.

Tomóle al rojo dios alferecía  
por ver la muchedumbre impertinente  
que en socorro del monte le venía,

y en silencio rogó devotamente  
que el vaso naufragase en un momento  
al que gobierna el húmido tridente.

Uno de los del número hambriento  
se puso en esto al borde de la nave,  
al parecer mohíno y malcontento;

y, en voz que ni de tierna ni süave  
tenía un solo adárame, gritando  
dijo, tal vez colérico y tal grave,

lo que impaciente estuve yo escuchando,  
porque vi sus razones ser saetas  
que iban mi alma y corazón clavando.

«¡Oh tú», dijo, «traidor, que los poetas  
canonizaste de la larga lista,  
por causas y por vías indirectas!

¿Dónde tenías, magancés, la vista  
aguda de tu ingenio, que, así ciego,  
fuiste tan mentiroso coronista?

Yo te confieso, ¡oh bárbaro!, y no niego  
que algunos de los muchos que escogiste  
sin que el respeto te forzase o el ruego,

en el debido punto los pusiste;  
pero con los demás, sin duda alguna,  
pródigo de alabanzas anduviste.

Has alzado a los cielos la fortuna  
de muchos que en el centro del olvido,  
sin ver la luz del sol ni de la luna,

yacían; ni llamado ni escogido  
fue el gran *Pastor de Iberia*, el gran Bernardo  
que De la vega tiene el apellido.

Fuiste envidioso, descuidado y tardo,

y a las *Ninfas de Henares y pastores*  
como a enemigos les tiraste un dardo;

y tienes tú poetas tan peores  
que éstos en tu rebaño, que imagino  
que han de sudar si quieren ser mejores;

que si este agravio no me turba el tino,  
siete trovistas desde aquí diviso,  
a quien suelen llamar de torbellino,

con quien la gala, discreción y aviso  
tienen poco que ver, y tú los pones  
dos leguas más allá del Paraíso.

Estas quimeras, estas invenciones  
tuyas te han de salir al rostro un día  
si más no te mesuras y compones».

Esta amenaza y gran descortesía  
mi blando corazón llenó de miedo  
y dio al través con la paciencia mía.

Y, volviéndome a Apolo con denuedo  
mayor del que esperaba de mis años,  
con voz turbada y con semblante acedo

le dije: «Con bien claros desengaños  
descubro que el servirte me granjea  
presentes miedos de futuros daños.

Haz, ¡oh señor!, que en público se lea  
la lista que Cilenio llevó a España,  
porque mi culpa poca aquí se vea.

Si tu deidad en escoger se engaña,  
y yo sólo aprobé lo que él me dijo,  
¿por qué este simple contra mí se ensaña?

Con justa causa y con razón me aflijo  
de ver cómo estos bárbaros se inclinan  
a tenerme en temor duro y prolijo:

unos, porque los puse me abominan;  
otros, porque he dejado de ponellos  
de darme pesadumbre determinan.

Yo no sé cómo me avendré con ellos:

los puestos se lamentan, los no puestos  
gritan, yo tiemblo éstos y de aquéllos.

Tú, señor, que eres dios, dales los puestos  
que piden sus ingenios; llama y nombra  
los que fueren más hábiles y prestos.

Y porque el turbio miedo que me asombra  
no me acabe, acabada esta contienda,  
cúbreme con tu mano y con tu sombra,

o ponme una señal por do se entienda  
que soy hechura tuya y de tu casa,  
y así no habrá ninguno que me ofenda».

«Vuelve la vista y mira lo que pasa»,  
fue de Apolo enojado la respuesta,  
que ardiendo en ira el corazón se abrasa.

Volvíla, y vi la más alegre fiesta,  
y la más desdichada y compasiva  
que el mundo vio, ni aun la verá cual ésta.

Mas no se espere que yo aquí la escriba,  
sino en la parte quinta, en quien espero  
cantar con voz tan entonada y viva,  
que piensen que soy cisne y que me muero.

## CAPÍTULO QUINTO

Oyó el señor del húmido tridente  
las plegarias de Apolo, y escuchólas  
con alma tierna y corazón clemente;

hizo de ojo y dio del pie a las olas,  
y, sin que lo entendiesen los poetas,  
en un punto hasta el cielo levantólas;

y él, por ocultas vías y secretas,  
se agazapó debajo del navío,  
y usó con él de sus traidoras tretas.

Hirió con el tridente en lo vacío  
del buco, y el estómago le llena  
de un copioso corriente amargo río.

Advertido el peligro, al aire suena  
una confusa voz, la cual resulta  
de otras mil que el temor forma y la pena;

poco a poco el bajel pobre se oculta  
en las entrañas del cerúleo y cano  
vientre, que tantas ánimas sepulta.

Suben los llantos por el aire vano  
de aquellos miserables, que suspiran  
por ver su irreparable fin cercano;

trepan y suben por las jarcias, miran  
cuál del navío es el lugar más alto,  
y en él muchos se apiñan y retiran.

La confusión, el miedo, el sobresalto  
les turba los sentidos, que imaginan  
que desta a la otra vida es grande el salto;

con ningún medio ni remedio atinan;  
pero, creyendo dilatar su muerte,  
algún tanto a nadar se determinan;

saltan muchos al mar de aquella suerte,  
que al charco de la orilla saltan ranas  
cuando el miedo o el ruido las advierte.

Hienden las olas, del romperse canas,  
menudean las piernas y los brazos,  
aunque enfermos están y ellas no sanas;

y, en medio de tan grandes embarazos,  
la vista ponen en la amada orilla,  
deseosos de darla mil abrazos.

Y sé yo bien que la fatal cuadrilla,  
antes que allí, holgara de hallarse  
en el Compás famoso de Sevilla;

que no tienen por gusto el ahogarse  
(discreta gente al parecer en esto),  
pero valióles poco el esforzarse;

que el padre de las aguas echó el resto  
de su rigor, mostrándose en su carro  
con rostro airado y ademán funesto.

Cuatro delfines, cada cual bizarro,  
con cuerdas hechas de tejidas ovas  
le tiraban con furia y con desgarro.

Las ninfas en sus húmidas alcobas  
sienten tu rabia, ¡oh vengativo nume!,  
y de sus rostros la color les robas.

El nadante poeta que presume  
llegar a la ribera defendida,  
sus ayes pierde y su tesón consume;

que su corta carrera es impedida  
de las agudas puntas del tridente,  
entonces fiero y áspero homicida.

¿Quién ha visto muchacho diligente  
que en goloso a sí mismo sobrepuja  
(que no hay comparación más conveniente),

picar en el sombrero la granuja,  
que el hallazgo le puso allí, o la sisa,  
con punta alfileresca, o ya de aguja?

Pues no con menor gana o menor prisa,  
poetas ensartaba el nume airado  
con gusto infame y con dudosa risa.

En carro de cristal venía sentado,  
la barba luenga y llena de marisco,  
con dos gruesas lampreas coronado;

hacían de sus barbas firme aprisco  
la almeja, el morsillón, pulpo y cangrejo,  
cual le suelen hacer en peña o risco.

Era de aspecto venerable y viejo;  
de verde, azul y plata era el vestido,  
robusto al parecer y de buen rejo,

aunque, como enojado, denegrado  
se mostraba en el rostro, que la saña  
así turba el color como el sentido.

Airado, contra aquéllos más se ensaña  
que nadan más, y sádeles al paso,  
juzgando a gloria tan cobarde hazaña.

En esto (¡oh nuevo y milagroso caso,  
digno de que se cuente poco a poco  
y con los versos de Torcato Taso!

Hasta aquí no he invocado, ahora invoco  
vuestro favor, ¡oh Musas!, necesario  
para los altos puntos en que toco;

descerrajad vuestro más rico almario,  
y el aliento me dad que el caso pide,  
no humilde, no ratero ni ordinario),

las nubes hiende, el aire pisa y mide  
la hermosa Venus Acidalia, y baja  
del cielo, que ninguno se lo impide.

Traía vestida de pardilla raja  
una gran saya entera, hecha al uso,  
que le dice muy bien, cuadra y encaja;

luto que por su Adonis se le puso  
luego que el gran colmillo del berraco  
a atravesar sus ingles se dispuso.

A fe que si el mocito fuera maco,  
que él guardara la cara al colmilludo,  
que dio a su vida y su belleza saco.

¡Oh valiente garzón, más que sesudo!,  
¿cómo, estando avisado, tu mal tomas,  
entrando en trance tan horrendo y crudo?

En esto, las mansísimas palomas  
que el carro de la diosa conducían  
por el llano del mar y por las lomas,

por unas y otras partes discurrían,  
hasta que con Neptuno se encontraron,  
que era lo que buscaban y querían.

Los dioses, que se ven, se respetaron,  
y, haciendo sus zalemas a lo moro,  
de verse juntos en extremo holgaron.

Guardáronse real grave decoro,  
y procuró Ciprinia en aquel punto  
mostrar de su belleza el gran tesoro:

ensanchó el verdugado, y diole el punto  
con ciertos puntapiés, que fueron coces  
para el dios, que las vio y quedó difunto.

Un poeta, llamado don Quincoces,  
andaba semivivo en las saladas  
ondas, dando gemidos y no voces;

con todo, dijo en mal articuladas  
palabras: «¡Oh señora, la de Pafo,  
y de las otras dos islas nombradas,

muévate a compasión el verme gafo  
de pies y manos, y que ya me ahogo  
en otras linfas que las del garrafo.

Aquí será mi pira, aquí mi rogo,  
aquí será Quincoces sepultado,  
que tuvo en su crianza pedagogo!»

Esto dijo el mezquino; esto escuchado  
fue de la diosa con ternura tanta,  
que volvió a componer el verdugado;

y luego en pie y piadosa se levanta,  
y, poniendo los ojos en el viejo,  
desembudó la voz de la garganta,

y, con cierto desdén y sobrecejo,  
entre enojada y grave y dulce, dijo  
lo que al húmido dios tuvo perplejo;

y, aunque no fue su razonar prolijo,  
todavía le trujo a la memoria  
hermano de quién era y de quién hijo;

representóle cuán pequeña gloria  
era llevar de aquellos miserables  
el triunfo infausto y la crüel vitoria.

Él dijo: «Si los hados inmutables  
no hubieran dado la fatal sentencia  
destos en su ignorancia siempre estables,

una brizna no más de tu presencia  
que viera yo, bellísima señora,  
fuera de mi rigor la resistencia.

Mas ya no puede ser, que ya la hora  
llegó donde mi blanda y mansa mano  
ha de mostrar que es dura y vencedora;

que éstos, de proceder siempre inhumano,  
en sus versos han dicho cien mil veces:  
«azotando las aguas del mar cano...»

«Ni azotado ni viejo me pareces»,  
replicó Venus. Y él le dijo a ella:  
«Puesto que me enamoras, no enterneces;

que de tal modo la fatal estrella  
influye destos tristes, que no puedo  
dar felice despacho a tu querella;

del querer de los hados sólo un dedo  
no me puede apartar, ya tú lo sabes:  
ellos han de acabar, y ha de ser cedo».

«Primero acabarás que los acabes»,  
le respondió madama, la que tiene  
de tantas voluntades puerta y llaves;

«que, aunque el hado feroz su muerte ordene,  
el modo no ha de ser a tu contento,  
que muchas muertes el morir contiene».

Turbóse en esto el líquido elemento,  
de nuevo renovóse la tormenta,  
sopló más vivo y más apriesa el viento;

la hambrienta mesnada, y no sedienta,  
se rinde al huracán recién venido  
y, por más no penar, muere contenta.

¡Oh raro caso y por jamás oído  
ni visto! ¡Oh nuevas y admirables trazas  
de la gran reina obedecida en Nido!:

en un instante, el mar de calabazas  
se vio cuajado, algunas tan potentes,  
que pasaban de dos y aun de tres brazos;

también hinchados odres y valientes,  
sin deshacer del mar la blanca espuma,  
nadaban de mil talles diferentes.

Esta trasmutación fue hecha, en suma,  
por Venus, de los lánguidos poetas,  
porque Neptuno hundirlos no presuma;

el cual le pidió a Febo sus saetas,  
cuya arma, arrojadiza desde aparte,  
a Venus defraudara de sus tretas.

Negóselas Apolo; y veis dó parte  
enojado el vejón, con su tridente  
pensándolos pasar de parte a parte.

Mas éste se resbala, aquél no siente  
la herida, y dando esguince se desliza,  
y él queda de la cólera impaciente.

En esto Bóreas su furor atiza,  
y lleva antecogida la manada,  
que con la de los Cerdas simboliza.

Pidióselo la diosa, aficionada  
a que vivan poetas zarabandos  
de aquellos de la seta almidonada;

de aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,  
de los que por momentos se dividen  
en varias setas y en contrarios bandos;

los contrapuestos vientos se comiden  
a complacer la bella rogadora,  
y con un solo aliento la mar miden,

llevando a la piara gruñidora  
en calabazas y odres convertida,  
a los reinos contrarios del Aurora.

Desta dulce semilla referida,  
España, verdad cierta, tanto abunda,  
que es por ella estimada y conocida;

que, aunque en armas y en letras es fecunda  
más que cuantas provincias tiene el suelo,  
su gusto en parte en tal semilla funda.

Después desta mudanza que hizo el cielo,  
o Venus, o quien fuese, que no importa  
guardar puntualidad como yo suelo,

no veo calabaza, o lengua o corta,  
que no imagine que es algún poeta  
que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.

Pues ¿qué cuando veo un cuero? ¡Oh mal discreta  
y vana fantasía, así engañada,  
que a tanta liviandad estás sujeta!:

pienso que el piezgo de la boca atada  
es la faz del poeta, transformado  
en aquella figura mal hinchada;

y cuando encuentro algún poeta honrado  
(digo poeta firme y valedero,  
hombre vestido bien y bien calzado),

luego se me figura ver un cuero,  
o alguna calabaza, y desta suerte  
entre contrarios pensamientos muero.

Y no sé si lo yerre o si lo acierte  
en que a las calabazas y a los cueros  
y a los poetas trate de una suerte.

Cernícalos que son lagartijeros,  
no esperen de gozar las preeminencias  
que gozan gavilanes no pecheros.

Puestas en paz, pues, ya las diferencias  
de Delio, y los poetas transformados  
en tan vanas y huecas apariencias,

los mares y los vientos sosegados,  
sumergiósese Neptuno malcontento  
en sus palacios de cristal labrados.

Las mansísimas aves por el viento  
volaron, y a la bella Cipriana  
pusieron en su reino a salvamento.

Y, en señal que del triunfo quedó ufana  
(lo que hasta allí nadie acabó con ella),  
del luto se quitó la saboyana,

quedando en cuezo, tan briosa y bella,  
que se supo después que Marte anduvo  
todo aquel día y otros dos tras ella.

Todo el cual tiempo, el escuadrón estuvo  
mirando atento la fatal rüina  
que la canalla transformada tuvo;

y, viendo despejada la marina,  
Apolo, del socorro mal venido,  
de dar fin al gran caso determina.

Pero en aquel instante un gran rüido  
se oyó, con que la turba se alborozó  
y pone vista alerta y presto oído;

y era quien le formaba una carroza  
rica, sobre la cual venía sentado  
el grave don Lorenzo De Mendoza,

de su felice ingenio acompañado,  
de su mucho valor y cortesía,  
joyas inestimables, adornado.

Pedro Juan De Rejaule le seguía  
en otro coche, insigne valenciano  
y grande defensor de la poesía.

Sentado viene a su derecha mano  
Juan De Solís, mancebo generoso,  
de raro ingenio, en verdes años cano.

Y Juan De Carvajal, doctor famoso,  
les hace tercio, y no por ser pesado  
dejan de hacer su curso presuroso,

porque al divino ingenio, al levantado  
valor de aquestos tres que el coche encierra,  
no hay impedirle monte ni collado.

Pasan volando la empinada sierra,  
las nubes tocan, llegan casi al cielo,  
y alegres pisan la famosa tierra.

Con este mismo honroso y grave celo,  
Bartolomé De Mola y Gabriel Laso  
llegaron a tocar del monte el suelo.

Honra las altas cimas de Parnaso  
don Diego, que De Silva tiene el nombre,  
y por ellas alegre tiende el paso.

A cuyo ingenio y sin igual renombre  
toda ciencia se inclina y le obedece,  
y le levanta a ser más que de hombre.

Dilátanse las sombras y descrece  
el día, y de la noche el negro manto  
guarnecido de estrellas aparece;

y el escuadrón, que había esperado tanto  
en pie, se rinde al sueño perezoso  
de hambre y sed, y de mortal quebranto.

Apolo, entonces poco luminoso,  
dando hasta los antípodas un brinco,  
siguió su occidental curso forzoso;

pero primero licenció a los cinco  
poetas titulados, a su ruego,  
que lo pidieron con estraño ahínco,

por parecerles risa, burla y juego  
empresas semejantes; y así, Apolo  
concedió con sus deseos luego;

que es el galán de Dafne único y solo  
en usar cortesía sobre cuantos  
descubre el nuestro y el contrario polo.

Del lóbrego lugar de los espantos  
sacó su hisopo el lánguido Morfeo,  
con que ha rendido y embocado a tantos;

y del licor que dicen que es leteo,  
que mana de la fuente del olvido,  
los párpados bañó a todos arreo.

El más hambriento se quedó dormido;  
dos cosas repugnantes, hambre y sueño,  
privilegio a poetas concedido.

Yo quedé, en fin, dormido como un leño,  
llena la fantasía de mil cosas,  
que de contallas mi palabra empeño,  
por más que sean en sí dificultosas.

## CAPÍTULO SEXTO

De una de tres causas los ensueños  
se causan, o los sueños, que este nombre  
les dan los que del bien hablar son dueños;

primera, de las cosas de que el hombre  
trata más de ordinario; la segunda  
quiere la medicina que se nombre

del humor que en nosotros más abunda;  
toca en revelaciones la tercera,  
que en nu[e]stro bien más que las dos redunda.

Dormí, y soñé, y el sueño la primera  
causa le dio principio suficiente  
a mezclar el ahíto y la dentera.

Sueña el enfermo, a quien la fiebre ardiente  
abrasa las entrañas, que en la boca  
tiene de las que ha visto alguna fuente,

y el labio al fugitivo cristal toca,  
y el dormido consuelo imaginado  
crece el deseo, y no la sed apoca.

Pelea el valentísimo soldado  
dormido casi al modo que despierto  
se mostró en el combate fiero armado.

Acude el tierno amante a su concierto,  
y en la imaginación, dormido, llega,  
sin padecer borrasca, a dulce puerto.

El corazón el avariento entrega  
en la mitad del sueño a su tesoro,  
que el alma en todo tiempo no le niega.

Yo, que siempre guardé el común decoro  
en las cosas dormidas y despiertas,  
pues no soy troglodita ni soy moro,

de par en par del alma abrí las puertas,  
y dejé entrar al sueño por los ojos  
con premisas de gloria y gusto ciertas.

Gocé durmiendo cuatro mil despojos  
(que los conté sin que faltase alguno)  
de gustos que acudieron a manojos;

el tiempo, la ocasión, el oportuno  
lugar correspondían al efecto,  
juntos y por sí solo cada uno.

Dos horas dormí y más a lo discreto,  
sin que imaginaciones ni vapores  
el cerebro tuviesen inquieto;

la suelta fantasía entre mil flores  
me puso de un pradillo, que exhalaba  
de Pancaya y Sabea los olores;

el agradable sitio se llevaba  
tras sí la vista, que, durmiendo, viva  
mucho más que despierta se mostraba.

Palpable vi..., mas no sé si lo escriba,  
que a las cosas que tienen de imposibles  
siempre mi pluma se ha mostrado esquiva;

las que tienen vislumbre de posibles,  
de dulces, de süaves y de ciertas,  
esplican mis borrones apacibles.

Nunca a disparidad abre las puertas  
mi corto ingenio, y hállalas contino  
de par en par la consonancia abiertas.

¿Cómo pueda agradar un desatino,  
si no es que de propósito se hace,  
mostrándole el donaire su camino?

Que entonces la mentira satisface  
cuando verdad parece y está escrita  
con gracia, que al discreto y simple aplace.

Digo, volviendo al cuento, que infinita  
gente vi discurrir por aquel llano,  
con algazara placentera y grita;

con hábito decente y cortesano  
algunos, a quien dio la hipocresía  
vestido pobre, pero limpio y sano;

otros, de la color que tiene el día  
cuando la luz primera se aparece  
entre las trenzas de la Aurora fría.

La variada primavera ofrece  
de sus varias colores la abundancia,  
con que a la vista el gusto alegre crece;

la prodigalidad, la exorbitancia  
campean juntas por el verde prado  
con galas que descubren su ignorancia.

En un trono, del suelo levantado,  
do el arte a la materia se adelanta,  
puesto que de oro y de marfil labrado,

una doncella vi, desde la planta  
del pie hasta la cabeza así adornada,  
que el verla admira y el oírla encanta.

Estaba en él con majestad sentada,  
giganta al parecer en la estatura,  
pero, aunque grande, bien proporcionada;

parecía mayor su hermosura  
mirada desde lejos, y no tanto  
si de cerca se ve su compostura.

Lleno de admiración, colmo de espanto,  
puse en ella los ojos, y vi en ella  
lo que en mis versos desmayados canto.

Yo no sabré afirmar si era doncella,  
aunque he dicho que sí, que en estos casos  
la vista más aguda se atropella:

son, por la mayor parte, siempre escasos  
de razón los juicios maliciosos  
en juzgar rotos los enteros vasos.

Altaneros sus ojos y amorosos  
se mostraban con cierta mansedumbre,  
que los hacía en todo extremo hermosos;

ora fuese artificio, ora costumbre,  
los rayos de su luz tal vez crecían,  
y tal vez daban encogida lumbre.

Dos ninfas a sus lados asistían,  
de tan gentil donaire y apariencia,  
que, miradas, las almas suspendían;

de la del alto trono en la presencia  
desplegaban sus labios en razones  
ricas en suavidad, pobres en ciencia;

levantaban al cielo sus blasones,  
que estaban, por ser pocos o ningunos,  
escritos del olvido en los borrones;

al dulce murmurar, al oportuno  
razonar de las dos, la del asiento  
que en belleza jamás le igualó alguno,

luego se puso en pie, y en un momento,  
me pareció que dio con la cabeza  
más allá de las nubes, y no miento;

y no perdió por esto su belleza;  
antes, mientras más grande, se mostraba  
igual su perfección a su grandeza;

los brazos de tal modo dilataba,  
que de do nace a donde muere el día  
los opuestos extremos alcanzaba;

la enfermedad llamada hidropesía  
así le hincha el vientre, que parece  
que todo el mar caber en él podía;

al modo destas partes, así crece  
toda su compostura; y no por esto,  
cual dije, su hermosura desfallece.

Yo, atónito, esperaba ver el resto  
de tan grande prodigio, y diera un dedo  
por saber la verdad segura y presto.

Uno, y no sabré quién, bien claro y quedo  
al oído me habló, y me dijo: «Espera,  
que yo decirte lo que quieres puedo.

Ésta que vees, que crece de manera  
que apenas tiene ya lugar do quepa,  
y aspira en la grandeza a ser primera;

ésta que por las nubes sube y trepa  
hasta llegar al cerco de la luna  
(puesto que el modo de subir no sepa),

es la que, confiada en su fortuna,  
piensa tener de la inconstante rueda  
el eje quedo y sin mudanza alguna.

Ésta que no halla mal que le suceda,  
ni le teme, atrevida y arrogante,  
pródiga siempre, venturosa y leda,

es la que con disignio extravagante  
dio en crecer poco a poco hasta ponerse,  
cual ves, en estatura de gigante.

No deja de crecer por no atreverse  
a emprender las hazañas más notables,  
adonde puedan sus extremos verse.

¿No has oído decir los memorables  
arcos, anfiteatros, templos, baños,  
termas, pórticos, muros admirables,

que, a pesar y despecho de los años,  
aún duran sus reliquias y entereza,  
haciendo al tiempo y a la muerte engaños?»

«Yo», respondí por mí, «ninguna pieza  
de esas que has dicho, dejo de tenella  
clavada y remachada en la cabeza:

tengo el sepulcro de la viuda bella  
y el Coloso de Rodas allí junto,  
y la lanterna que sirvió de estrella.

Pero vengamos de quién es al punto  
ésta, que lo deseo». «Haráse luego»,  
me respondió la voz en bajo punto.

Y prosiguió diciendo: «A no estar ciego,  
hubieras visto ya quién es la dama;  
pero, en fin, tienes el ingenio lego.

Ésta que hasta los cielos se encarama,  
preñada, sin saber cómo, del viento,  
es hija del Deseo y de la Fama.

Ésta fue la ocasión y el instrumento,  
el todo y parte de que el mundo viese  
no siete maravillas, sino ciento.

(Corto número es ciento; aunque dijese  
cien mil y más millones, no imagines  
que en la cuenta del número excediese).

Ésta condujo a memorables fines  
edificios que asientan en la tierra  
y tocan de las nubes los confines.

Ésta tal vez ha levantado guerra  
donde la paz süave reposaba,  
que en límites estrechos no se encierra.

Cuando Mucio en las llamas abrasaba  
el atrevido fuerte brazo y fiero,  
ésta el incendio horrible resfriaba;

ésta arrojó al romano caballero  
en el abismo de la ardiente cueva,  
de limpio armado y de luciente acero;

ésta tal vez con maravilla nueva,  
de su ambiciosa condición llevada,  
mil imposibles atrevida prueba.

Desde la ardiente Libia hasta la helada  
Citia, lleva la fama su memoria,  
en grandiosas obras dilatada.

En fin, ella es la altiva Vanagloria,  
que en aquellas hazañas se entremete  
que llevan de los siglos la vitoria.

Ella misma a sí misma se promete  
triunfos y gustos, sin tener asida  
a la calva Ocasión por el copete.

Su natural sustento, su bebida,  
es aire, y así crece en un instante  
tanto, que no hay medida a su medida.

Aquellas dos del plácido semblante  
que tiene a sus dos lados, son aquellas  
que sirven a su máquina de Atlante.

Su delicada voz, sus luces bellas,  
su humildad aparente, y las lozanas  
razones, que el amor se cifra en ellas,

las hacen más divinas que no humanas,  
y son (con paz escucha y con paciencia)  
la Adulación y la Mentira, hermanas.

Éstas están contino en su presencia,  
palabras ministrándola al oído  
que tienen de prudentes apariencia.

Y ella, cual ciega del mejor sentido,  
no ve que entre las flores de aquel gusto  
el áspid ponzoñoso está escondido.

Y así, arrojada con deseo injusto,  
en cristalino vaso prueba y bebe  
el veneno mortal, sin ningún susto.

Quien más presume de advertido, pr[u]ebe  
a dejarse adular, verá cuán presto  
pasa su gloria como el viento leve».

Esto escuché, y en escuchando aquesto,  
dio un estampido tal la Gloria vana,  
que dio a mi sueño fin dulce y molesto.

Y en esto descubrióse la mañana,  
vertiendo perlas y esparciendo flores,  
lozana en vista y en virtud lozana:

los dulces pequeñuelos ruseñores,  
con cantos no aprendidos, le decían,  
enamorados della, mil amores;

los silgueros el canto repetían,  
y las diestras calandrias entonaban  
la música que todos componían.

Unos del escuadrón priesa se daban  
porque no los hallase el dios del día  
en los forzosos actos en que estaban.

Y luego se asomó su señoría,  
con una cara de tudesco roja,  
por los balcones de la Aurora fría,

en parte gorda, en parte flaca y floja,  
como quien teme el esperado trance  
donde verse vencido se le antoja.

En propio toledano y buen romance  
les dio los buenos días cortésmente,  
y luego se aprestó al forzoso lance;

y encima de un peñasco puesto enfrente  
del escuadrón, con voz sonora y grave  
esta oración les hizo de repente:

«¡Oh espíritus felices, donde cabe  
la gala del decir, la sutileza  
de la ciencia más docta que se sabe;

donde en su propia natural belleza  
asiste la hermosa Poesía  
entera de los pies a la cabeza!

No consintáis, por vida vuestra y mía  
(mirad con qué llaneza Apolo os habla),  
que triunfe esta canalla que porfía.

Esta canalla, digo, que se endiablo,  
que, por darles calor su muchedumbre,  
ya su ruina, o ya la nuestra entabla.

Vosotros, de mis ojos gloria y lumbré,  
faroles do mi luz de asiento mora,  
ya por naturaleza o por costumbre,

¿habéis de consentir que esta embaidora,  
hipócrita gentalla se me atreva,  
de tantas necedades inventora?

Haced famosa y memorable prueba  
de vuestro gran valor en este hecho,  
que a su castigo y vuestra gloria os lleva.

De justa indignación armad el pecho,  
acometed intrépidos la turba,  
ociosa, vagamunda y sin provecho.

No se os dé nada, no se os dé una burba  
(moneda berberisca, vil y baja)  
de aquesta gente que la paz nos turba.

El son de más de una templada caja,  
y el del pífaró triste, y la trompeta,  
que la cólera sube y flema abaja,

así os incite con virtud secreta,  
que despierte los ánimos dormidos  
en la facción que tanto nos aprieta.

Ya retumba, ya llega a mis oídos  
del escuadrón contrario el rumor grande,  
formado de confusos alaridos;

ya es menester, sin que os lo ruegue o mande,  
que cada cual, como guerrero experto,  
sin que por su capricho se desmande,

la orden guarde y militar concierto,  
y acuda a su deber como valiente  
hasta quedar o vencedor o muerto.

En esto, por la parte de poniente  
pareció el escuadrón casi infinito  
de la bárbara, ciega y pobre gente.

Alzan los nuestros al momento un grito  
alegre, y no medroso; y gritan: «¡Arma!»  
«¡Arma!» resuena todo aquel distrito;  
y, aunque mueran, correr quieren al arma.

## CAPÍTULO SÉTIMO

Tú, belígera musa, tú, que tienes  
la voz de bronce y de metal la lengua,  
cuando a cantar del fiero Marte vienes;  
tú, por quien se aniquila siempre y mengua  
el gran género humano; tú, que puedes  
sacar mi pluma de ignorancia y mengua;

tú, mano rota y larga de mercedes,  
digo en hacellas, una aquí te pido,  
que no hará que menos rica quedes.

La soberbia y maldad, el atrevido  
intento de una gente malmirada,  
ya se descubre con mortal ruido.

Dame una voz al caso acomodada,  
una sutil y bien cortada pluma,  
no de afición ni de pasión llevada,

para que pueda referir en suma,  
con purísimo y nuevo sentimiento,  
con verdad clara y entereza suma,

el contrapuesto y desigual intento  
de uno y otro escuadrón, que, ardiendo en ira,  
sus banderas descoge al vago viento.

El del bando católico, que mira  
al falso y grande al pie del monte puesto,  
que de subir al alta cumbre aspira;

con paso largo y ademán compuesto,  
todo el monte coronan, y se ponen  
a la furia, que en loca ha echado el resto;

las ventajas tantean, y disponen  
los ánimos valientes al asalto,  
en quien su gloria y su venganza ponen;

de rabia lleno y de paciencia falto,  
Apolo su bellissimo estandarte  
mandó al momento levantar en alto;

arbolóle un marqués, que el propio Marte  
su brïosa presencia representa  
naturalmente, sin industria y arte;

poeta celeberrimo y de cuenta,  
por quien y en quien Apolo soberano  
su gloria y gusto y su valor aumenta.

Era la insinia un cisne hermoso y cano,  
tan al vivo pintado, que dijeras  
la voz despide alegre al aire vano;

siguen al estandarte sus banderas,  
de gallardos alféreces llevadas,  
honrosas por no estar todas enteras.

Las cajas a lo bélico templadas  
al mílite más tardo vuelven presto,  
de voces de metal acompañadas.

Jerónimo De Mora llegó en esto,  
pintor excelentísimo y poeta:  
Apeles y Virgilio en un supuesto;

y con la autoridad de una jineta  
(que de ser capitán le daba nombre)  
al caso acude y a la turba aprieta.

Y, porque más se turbe y más se asombre,  
el enemigo desigual y fiero,  
llegó el gran Biedma, de inmortal renombre;

y con él Gaspar De Ávila, primero  
secuaz de Apolo, a cuyo verso y pluma  
ICIAR puede envidiar, temer Sincero.

Llegó Juan De Mestanza, cifra y suma  
de tanta erudición, donaire y gala,  
que no hay muerte ni edad que la consuma.

Apolo le arrancó de Guatimala,  
y le trujo en su ayuda para ofensa  
de la canalla en todo extremo mala.

Hacer milagros en el trance piensa  
Cepeda, y acompaña Meja,  
poetas dignos de alabanza inmensa.

Clarísimo esplendor de Andalucía  
y de la Mancha, el sin igual Galindo  
llegó con majestad y bizarría.

De la alta cumbre del famoso Pindo  
bajaron tres bizarros lusitanos,  
a quien mis alabanzas todas rindo,

con prestos pies y con valientes manos,  
con Fernando Correa De La Cerda,  
pisó Rodríguez Lobo monte y llanos;

y porque Febo su razón no pierda,  
el grande don Antonio De Ataíde  
llegó con furia alborotada y cuerda.

Las fuerzas del contrario ajusta y mide  
con las tuyas Apolo, y determina  
dar la batalla, y la batalla pide.

El ronco son de más de una bocina,  
instrumento de caza y de la guerra,  
de Febo a los oídos se avecina;

tiembla debajo de los pies la tierra  
de infinitos poetas oprimida,  
que dan asalto a la sagrada sierra.

El fiero general de la atrevida  
gente, que trae un cuervo en su estandarte,  
es Arbolánchez, muso por la vida.

Puestos estaban en la baja parte  
y en la cima del monte, frente a frente,  
los campos, de quien tiembla el mismo Marte,

cuando una al parecer discreta gente  
del católico bando al enemigo  
se pasó, como en número de veinte.

Yo con los ojos su carrera sigo,  
y, viendo el paradero de su intento,  
con voz turbada al sacro Apolo digo:

«¿Qué prodigio es aquéste? ¿Qué portentoso?  
O, por mejor decir: ¿qué mal agüero,  
que así me corta el brío y el aliento?

Aquel tráfuga que partió primero,  
no sólo por poeta le tenía,  
pero también por bravo churrullero;

aquel ligero que tras él corría,  
en mil corrillos en Madrid le he visto  
tiernamente hablar en la poesía;

aquel tercero que partió tan listo,  
por satírico, necio y por pesado  
sé que de todos fue siempre malquisto.

No puedo imaginar cómo ha llevado  
Mercurio estos poetas en su lista».  
«Yo fui», respondió Apolo, «el engañado;

que de su ingenio la primera vista  
indicios descubrió que serían buenos  
para facilitar esta conquista».

«Señor», repliqué yo, «creí que ajenos  
eran de las deidades los engaños;  
digo, engañarse en poco más ni menos;

la prudencia, que nace de los años  
y tiene por maestra la experiencia,  
es la deidad que advierte destos daños».

Apolo respondió: «Por mi conciencia,  
que no te entiendo», algo turbado y triste  
por ver de aquellos veinte la insolencia.

Tú, sardo militar, Lofraso, fuiste  
uno de aquellos bárbaros corrientes  
que del contrario el número creciste.

Mas no por esta mengua los valientes  
del escuadrón católico temieron,  
poetas madrigados y excelentes;

antes, tanto coraje concibieron  
contra los fugitivos corredores,  
que riza en ellos y matanza hicieron.

¡Oh falsos y malditos trovadores,  
que pasáis plaza de poetas sabios,  
siendo la hez de los que son peores:

entre la lengua, paladar y labios  
anda contino vuestra poesía,  
haciendo a la virtud cien mil agravios!

Poetas de atrevida hipocresía,  
esperad, que de vuestro acabamiento  
ya se ha llegado el temeroso día.

De las confusas voces el concontento  
confuso por el aire resonaba,  
de espesas nubes condensando el viento.

Por la falda del monte gateaba  
una tropa poética, aspirando  
a la cumbre, que bien guardada estaba;

hacían hincapié de cuando en cuando,  
y con hondas de estallo y con ballestas  
iban libros enteros disparando;

no del plomo encendido las funestas  
balas pudieran ser dañosas tanto,  
ni al disparar pudieran ser más prestas.

Un libro mucho más duro que un canto  
a jusepe de vargas dio en las sienas,  
causándole terror, grima y espanto.

Gritó, y dijo a un soneto: «Tú, que vienes  
de satírica pluma disparado,  
¿por qué el infame curso no detienes?»

Y, cual perro con piedras irritado,  
que deja al que las tira y va tras ellas,  
cual si fueran la causa del pecado,

entre los dedos de sus manos bellas  
hizo pedazos al soneto altivo,  
que amenazaba al sol y a las estrellas.

Y díjole Cilenio: «¡Oh rayo vivo  
donde la justa indignación se muestra  
en un grado y valor superlativo,

la espada toma en la temida diestra,  
y arrójate valiente y temerario  
por esta parte, que el peligro adiestra!»

En esto, del tamaño de un breviario  
volando un libro por el aire vino,  
de prosa y verso, que arrojó el contrario;

de verso y prosa el puro desatino  
nos dio a entender que de Arbolanches eran  
las *Habidas*, pesadas de continuo.

Unas *Rimas* llegaron que pudieran  
desbaratar el escuadrón cristiano  
si acaso vez segunda se imprimieran.

Dióle a Mercurio en la derecha mano  
una sátira antigua licenciosa,  
de estilo agudo, pero no muy sano.

De una intrincada y mal compuesta prosa,  
de un asunto sin jugo y sin donaire,  
cuatro novelas disparó Pedrosa.

Silbando recio y desgarrando el aire,  
otro libro llegó de *Rimas* solas,  
hechas al parecer como al desgaire.

Violas Apolo, y dijo, cuando violas:  
«Dios perdone a su autor, y a mí me guarde  
de algunas *Rimas* sueltas españolas».

Llegó el *Pastor de Iberia*, aunque algo tarde,  
y derribó catorce de los nuestros  
haciendo de su ingenio y fuerza alarde;

pero dos valerosos, dos maestros,  
dos lumbreras de Apolo, dos soldados,  
únicos en hablar y en obrar diestros,

del monte puestos en opuestos lados,  
tanto apretaron a la turbamulta,  
que volvieron atrás los encumbrados.

Es Gregorio De Angulo el que sepulta  
la canalla, y con él Pedro De Soto,  
de prodigioso ingenio y vena culta.

Doctor aquél, estotro único y docto  
licenciado, de Apolo ambos secuaces,  
con raras obras y ánimo devoto.

Las dos contrarias indignadas haces  
ya miden las espadas, ya se cierran,  
duras en su tesón y pertinaces;

con los dientes se muerden, y se aferran  
con las garras, las fieras imitando,  
que toda piedad de sí destierran.

Haldeando venía y trasudando  
el autor de *La Pícaro Justina*,  
capellán lego del contrario bando;

y cual si fuera de una culebrina,  
disparó de sus manos su librazo,  
que fue de nuestro campo la ruina.

Al buen Tomás Gracián mancó de un brazo,  
a Medinilla derribó una muela  
y le llevó de un muslo un gran pedazo.

Una despierta nuestra centinela  
gritó: «¡Todos abajen la cabeza,  
que dispara el contrario otra novela!»

Dos pelearon una larga pieza,  
y el uno al otro con instancia loca,  
de un envión, con arte y con destreza,

seis seguidillas le encajó en la boca,  
con que le hizo vomitar el alma,  
que salió libre de su estrecha roca.

De la furia el ardor, del sol la calma  
tenía en duda de una y otra parte  
la vencedora y pretendida palma.

Del cuervo, en esto, el lóbrego estandarte  
cede al del cisne, porque vino al suelo,  
pasado el corazón de parte a parte;

su alférez, que era un andaluz mozuelo,  
trovador repentista, que subía  
con la soberbia más allá del cielo;

helósele la sangre que tenía;  
murióse, cuando vio que muerto estaba,  
la turba, pertinaz en su porfía.

Puesto que ausente el gran Lupercio estaba,  
con un solo soneto suyo hizo  
lo que de su grandeza se esperaba:

descuadernó, desencajó, deshizo  
del opuesto escuadrón catorce hileras,  
dos criollos mató, hirió un mestizo.

De sus sabrosas burlas y sus veras  
el magno cordobés un cartapacio  
disparó, y aterró cuatro banderas.

Daba ya indicios de cansado y lacio  
el brío de la bárbara canalla,  
peleando más flojo y más despacio;

mas renovóse la fatal batalla,  
mezclándose los unos con los otros;  
ni vale arnés, ni presta dura malla.

Cinco melifluos sobre cinco potros  
llegaron, y embistieron por un lado,  
y lleváronse cinco de nosotros;

cada cual como moro ataviado,  
con más letras y cifras que una carta  
de príncipe enemigo y recatado.

De romances moriscos una sarta,  
cual si fuera de balas enramadas,  
llega con furia y con malicia harta;

y, a no estar dos escuadras avisadas  
de las nuestras, del recio tiro y presto  
era fuerza quedar desbaratadas.

Quiso Apolo, indignado, echar el resto  
de su poder y de su fuerza sola,  
y dar al enemigo fin molesto,

y una sacra canción, donde acrisola  
su ingenio, gala, estilo y bizarría  
Bartolomé Leonardo De Argensola,

cual si fuera un petarte, Apolo envía  
adonde está el tesón más apretado,  
más dura y más furiosa la porfía.

*Cuando me paro a contemplar mi estado,*  
comienza la canción que Apolo pone  
en el lugar más noble y levantado.

Todo lo mira, todo lo dispone  
con ojos de Argos; manda, quita y veda,  
y del contrario a todo ardid se opone.

Tan mezclados están, que no hay quien pueda  
discernir cuál es malo o cuál es bueno,  
cuál es garcilasista o timoneda.

Pero un mancebo, de ignorancia ajeno,  
grande escudriñador de toda historia,  
rayo en la pluma y en la voz un trueno,

llegó, tan rica el alma de memoria,  
de sana voluntad y entendimiento,  
que fue de Febo y de las Musas gloria;

con éste aceleróse el vencimiento,  
porque supo decir: «Éste merece  
gloria, pero aquél no, sino tormento».

Y, como ya con distinción parece  
el justo y el injusto combatiente,  
el gusto al peso de la pena crece.

Tú, Pedro Mantüano el excelente,  
fuiste quien distinguió de la confusa  
máquina el que es cobarde del valiente.

Julián De Almendárez no rehúsa,  
puesto que llegó tarde, en dar socorro  
al rubio Delio con su ilustre musa.

Por las rucias que peino, que me corro  
de ver que las comedias endiabladas  
por divinas se pongan en el corro;

y, a pesar de las limpias y atildadas  
del cómico mejor de nuestra Hesperia,  
quieren ser conocidas y pagadas.

Mas no ganaron mucho en esta feria,  
porque es discreto el vulgo de la Corte,  
aunque le toca la común miseria.

De llano no le deis, dadle de corte,  
estancias polifemas, al poeta  
que no os tuviere por su guía y norte.

Inimitables sois, y a la discreta  
gala que descubrís en lo escondido,  
toda elegancia puede estar sujeta.

Con estas municiones el partido  
nuestro se mejoró de tal manera,  
que el contrario se tuvo por vencido.

Cayó su presunción soberbia y fiera,  
derrúmbanse del monte abajo cuantos  
presumieron subir por la ladera.

La voz prolija de sus rancos cantos  
el mal suceso con rigor la vuelve  
en interrotos y funestos llantos.

Tal hubo, que cayendo se resuelve  
de asirse de una zarza o cabrahígo,  
y en llanto, a lo de Ovidio, se disuelve.

Cuatro se arracimaron a un quejigo  
como enjambre de abejas desmandada,  
y le estimaron por el lauro amigo.

Otra cuadrilla, virgen por la espada,  
y adúltera de lengua, dio la cura  
a sus pies, de su vida almidonada.

Bartolomé llamado De Segura  
el toque casi fue del vencimiento:  
tal es su ingenio y tal es su cordura.

Resonó en esto por el vago viento  
la voz de la vitoria, repetida  
del número escogido en claro acento.

La miserable, la fatal caída,  
de las Musas del limpio Tagarete  
fue largos siglos con dolor plañida;

a la parte del llanto, ¡ay me!, se mete  
Zapardiel, famoso por su pesca,  
sin que un pequeño instante se quiète.

La voz de la vitoria se refresca;  
«¡vitoria!» suena aquí y allí, vitoria  
adquirida por nuestra soldadesca,  
que canta alegre la alcanzada gloria.

## CAPÍTULO OCTAVO

Al caer de la máquina excesiva  
del escuadrón poético arrogante  
que en su no vista muchedumbre estriba,

un poeta, mancebo y estudiante,  
dijo: «Caí, paciencia; que algún día  
será la nuestra, mi valor mediante.

De nuevo afilaré la espada mía,  
digo mi pluma, y cortaré de suerte  
que dé nueva excelencia a la porfía;

que ofrece la comedia, si se advierte,  
largo campo al ingenio, donde pueda  
librar su nombre del olvido y muerte.

Fue desto ejemplo Juan De Timoneda,  
que, con sólo imprimir, se hizo eterno,  
las comedias del gran Lope De Rueda.

Cinco vuelcos daré en el propio infierno  
por hacer recitar una que tengo  
nombrada *El gran bastardo de Salerno*».

¡Guarda, Apolo, que baja (guarte, Rengo)  
el golpe de la mano más gallarda  
que ha visto el tiempo en su discurso luengo!

En esto, el claro son de una bastarda  
alas pone en los pies de la vencida  
gente del mundo perezosa y tarda;

con la esperanza del vencer perdida,  
no hay quien no atienda con ligero paso,  
si no a la honra, a conservar la vida.

Desde las altas cumbres de Parnaso,  
de un salto uno se puso en Guadarrama,  
nuevo, no visto y verdadero caso;

y al mismo paso la parlera Fama  
cundió del vencimiento la alta nueva,  
desde el claro Caístro hasta Jarama.

Lloró la gran vitoria el turbio Esgueva,  
Pisuerga la rió, rióla Tajo,  
que en vez de arena granos de oro lleva.

Del cansancio, del polvo y del trabajo  
las rubicundas hebras de Timbreo,  
del color se pararon de oro bajo;

pero, viendo cumplido su deseo,  
al son de la guitarra mercuriesca  
hizo de la Gallarda un gran paseo,

y de Castalia en la corriente fresca  
el rostro se lavó, y quedó luciente  
como de acero la segur turquesca.

Pulióse luego, y adornó su frente  
de majestad mezclada con dulzura,  
indicios claros del placer que siente.

Las reinas de la humana hermosura  
salieron de do estaban retiradas  
mientras duraba la contienda dura;

del árbol siempre verde coro[na]das,  
y en medio la divina Poesía,  
todas de nuevas galas adornadas.

Melpómene, Tersícore y Talía,  
Polimnia, Urania, Erato, Euterpe y Clío,  
y Calíope, hermosa en demasía,

muestran ufanas su destreza y brío,  
tejiendo una entricada y nueva danza  
al dulce son de un instrumento mío.

Mío, no dije bien; mentí a la usanza  
de aquel que dice propios los ajenos  
versos que son más dignos de alabanza.

Los anchos prados y los campos llenos  
están de las escuadras vencedoras  
(que siempre van a más y nunca a menos),

esperando de ver de sus mejoras  
el colmo con los premios merecidos  
por el sudor y aprieto de seis horas,

piensan ser los llamados escogidos,  
todos a premios de grandeza aspiran,  
tiénense en más de lo que son tenidos;

ni a calidades ni a riquezas miran:  
a su ingenio se atiene cada uno,  
y si hay cuatro que acierten, mil deliran.

Mas Febo, que no quiere que ninguno  
quede quejoso dél, mandó a la Aurora  
que vaya y coja *in tempore oportuno*,

de las faldas floríferas de Flora  
cuatro tabaques de purpúreas rosas  
y seis de perlas de las que ella llora;

y de las nueve por extremo hermosas  
las coronas pidió, y al darlas ellas  
en nada se mostraron perezosas.

Tres, a mi parecer, de las más bellas  
a Parténope sé que se enviaron,  
y fue Mercurio el que partió con ellas;

tres sujetos las otras coronaron,  
allí en el mismo monte peregrinos,  
con que su patria y nombre eternizaron;

tres cupieron a España, y tres divinos  
poetas se adornaron la cabeza,  
de tanta gloria justamente dignos.

La Envidia, monstruo de naturaleza,  
maldita y carcomida, ardiendo en saña,  
a murmurar del sacro don empieza.

Dijo: «¿Será posible que en España  
haya nueve poetas laureados?  
Alta es de Apolo, pero simple hazaña».

Los demás de la turba, defraudados  
del esperado premio, repetían  
los himnos de la Envidia mal cantados;

todos por laureados se tenían  
en su imaginación, antes del trance,  
y al cielo quejas de su agravio envían.

Pero ciertos poetas de romance,  
del generoso premio hacer esperan,  
a despecho de Febo, presto alcance;

otros, aunque latinos, desesperan  
de tocar del laurel sólo una hoja,  
aunque del caso en la demanda mueran.

Véngase menos el que más se enoja,  
y alguno se tocó sienes y frente,  
que de estar coronado se le antoja.

Pero todo deseo impertinente  
Apolo resfrió, premiando a cuantos  
poetas tuvo el escuadrón valiente;

de rosas, de jazmines y amarantos  
Flora le presentó cinco cestones,  
y la Aurora, de perlas, otros tantos;

éstos fueron, lector dulce, los dones  
que Delio repartió con larga mano  
entre los poetísimos varones,

quedando alegre cada cual y ufano  
con un puño de perlas y una rosa,  
estimando el premio sobrehumano.

Y porque fuese más maravillosa  
la fiesta y regocijo que se hacía  
por la vitoria insigne y prodigiosa,

la buena, la importante Poesía  
mandó traer la bestia cuya pata  
abrió la fuente de Castalia fría;

cubierta de finísima escarlata,  
un lacayo la trujo en un instante,  
tascando un freno de bruñida plata.

Envidiarle pudiera Rocinante  
al gran Pegaso de presencia brava,  
y aun B[r]illadoro, el del señor de Anglante.

Con no sé cuántas alas adornaba  
manos y pies, indicio manifiesto  
que en ligereza al viento aventajaba;

y, por mostrar cuán ágil y cuán presto  
era, se alzó del suelo cuatro picas,  
con un denuedo y ademán compuesto.

Tú, que me escuchas, si el oído aplicas  
al dulce cuento deste gran *Viaje*,  
cosas nuevas oirás de gusto ricas.

Era del bel trotón todo el herraje  
de durísima plata diamantina,  
que no recibe del pisar ultraje;

de la color que llaman columbina  
de raso en una funda trae la cola,  
que, suelta, con el suelo se avecina;

del color del carmín o de amapola  
eran sus clines, y su cola gruesa,  
ellas solas al mundo, y ella sola.

Tal vez anda despacio, y tal apriesa,  
vuela tal vez, y tal hace corvetas,  
tal quiere relinchar, y luego cesa.

Nueva felicidad de los poetas:  
unos sus escrementos recogían  
en dos de cuero grandes barjuletas.

Pregunté para qué lo tal hacían.  
Respondióme Cilenio a lo bellaco,  
con no sé qué vislumbres de ironía:

«Esto que se recoge es el tabaco,  
que a los váguidos sirve de cabeza  
de algún poeta de cerebro flaco;

Urania de tal modo lo adereza,  
que, puesto a las narices del doliente,  
cobra salud y vuelve a su entereza».

Un poco entonces arrugué la frente,  
ascos haciendo del remedio extraño,  
tan de los ordinarios diferente.

«Recibes», dijo Apolo, «amigo, engaño»  
(leyóme el pensamiento). «Este remedio  
de los váguidos cura y sana el daño.

No come este rocín lo que en asedio  
duro y penoso comen los soldados,  
que están entre la muerte y hambre en medio;

son deste tal los piensos regalados  
ámbar y almizcle entre algodones puesto,  
y bebe del rocío de los prados;

tal vez le damos de almidón un cesto,  
tal de algarrobas, con que el vientre llena,  
y no se estriñe ni se va por esto».

«Sea», le respondí, «muy norabuena;  
tieso estoy de cerebro por ahora,  
vág[u]ido alguno no me causa pena».

La nuestra, en esto, universal señora,  
digo la Poesía verdadera,  
que con Timbreo y con las Musas mora,

en vestido subcinto, a la ligera,  
el monte discurrió y abrazó a todos,  
hermosa sobremodo y placentera.

«¡Oh sangre vencedora de los godos!»,  
dijo, «de aquí adelante ser tratada  
con más süaves y discretos modos

espero ser, y siempre [r]espectada  
del ignorante vulgo, que no alcanza  
que, puesto que soy pobre, soy honrada.

Las riquezas os dejo en esperanza,  
pero no en posesión, premio seguro  
que al reino aspira de la inmensa holganza.

Por la belleza deste monte os juro  
que quisiera al más mínimo entregalle  
un privilegio de cien mil de juro.

Mas no produce minas este valle;  
aguas sí, salutíferas y buenas,  
y monas que de cisnes tienen talle.

Volved a ver, ¡oh amigos!, las arenas  
del aurífero Tajo en paz segura  
y en dulces horas de pesar ajenas.

Que esta inaudita hazaña os asegura  
eterno nombre en tanto que dé Febo  
al mundo aliento y luz serena y pura».

¡Oh maravilla nueva, oh caso nuevo,  
digno de admiración que cause espanto,  
cuya estrañeza me admiró de nuevo!

Morfeo, el dios del sueño, por encanto  
allí se apareció, cuya corona  
era de ramos de beleño santo.

Flojísimo de brío y de persona,  
de la Pereza torpe acompañado,  
que no le deja a vísperas ni a nona;

traía al Silencio a su derecho lado,  
el Descuido al siniestro, y el vestido  
era de blanda lana fabricado.

De las aguas que llaman del olvido  
traía un gran caldero, y de un hisopo  
venía como aposta prevenido.

Asía a los poetas por el hopo,  
y, aunque el caso los rostros les volvía  
en color encendida de piropo,

él nos bañaba con el agua fría,  
causándonos un sueño de tal suerte,  
que dormimos un día y otro día.

Tal es la fuerza del licor, tan fuerte  
es de las aguas la virtud, que pueden  
competir con los fueros de la muerte.

Hace el ingenio alguna vez que queden  
las verdades sin crédito ninguno,  
por ver que a toda contingencia exceden.

Al despertar del sueño así importuno,  
ni vi monte ni monta, dios ni diosa,  
ni de tanto poeta vide alguno.

Por cierto, estraña y nunca vista cosa:  
despabilé la vista, y parecióme  
verme en medio de una ciudad famosa.

Admiración y grima el caso diome;  
torné a mirar, porque el temor o engaño  
no de mi buen discurso el paso tome.

Y díjeme a mí mismo: «No me engaño;  
esta ciudad es Nápoles la ilustre,  
que yo pisé sus rúas más de un año;

de Italia gloria, y aun del mundo lustre,  
pues de cuantas ciudades él encierra,  
ninguna puede haber que así le ilustre:

apacible en la paz, dura en la guerra,  
madre de la abundancia y la nobleza,  
de elíseos campos y agradable sierra.

Si váguidos no tengo de cabeza,  
páreceme que está mudada, en parte,  
de sitio, aunque en aumento de belleza.

¿Qué teatro es aquél, donde reparte  
con él cuanto contiene de hermosura  
la gala, la grandeza, industria y arte?

Sin duda, el sueño en mis pálpabras dura,  
porque éste es edificio imaginado,  
que excede a toda humana compostura».

Llegóse en esto a mí disimulado  
un mi amigo, llamado Promontorio,  
mancebo en días, pero gran soldado.

Creció la admiración viendo notorio  
y palpable que en Nápoles estaba,  
espanto a los pasados acesorio.

Mi amigo tiernamente me abrazaba,  
y, con tenerme entre sus brazos, dijo  
que del estar yo allí mucho dudaba;

llamóme padre, y yo llaméle hijo;  
quedó con esto la verdad en punto,  
que aquí puede llamarse punto fijo.

Díjome Promontorio: «Yo barrunto,  
padre, que algún gran caso a vuestras canas  
las trae tan lejos, ya semidifunto».

«En mis horas más frescas y tempranas  
esta tierra habité, hijo», le dije,  
«con fuerzas más bríosas y lozanas.

Pero la Voluntad, que a todos rige,  
digo el querer del cielo, me ha traído  
a parte que me alegra más que aflige».

Dijera más, sino que un gran rüido  
de pífaros, clarines y tambores  
me azoró el alma y alegró el oído;

volví la vista al son, vi los mayores  
aparatos de fiesta que vio Roma  
en sus felices tiempos y mejores.

Dijo mi amigo: «Aquél que ves que asoma  
por aquella montaña contrahecha,  
cuyo brío al de Marte oprime y doma,

es un alto sujeto que deshecha  
tiene a la Envidia en rabia, porque pisa  
de la virtud la senda más derecha;

de gravedad y condición tan lisa,  
que suspende y alegra a un mismo instante,  
y con su aviso al mismo aviso avisa.

Mas quiero, antes que pases adelante  
en ver lo que verás, si estás atento,  
darte del caso relación bastante.

Será Don Juan De Tasis de mi cuento  
principio, por que sea memorable,  
y lleguen mis palabras a mi intento.

Este varón, en liberal notable,  
que una mediana villa le hace conde,  
siendo rey en sus obras admirable;

éste, que sus haberes nunca esconde,  
pues siempre las reparte o las derrama,  
ya sepa adónde, o ya no sepa adónde;

éste, a quien tiene tan en fil la fama  
puesta la alteza de su nombre claro,  
que liberal y pródigo le llama,

quiso, pródigo aquí y allí no avaro,  
primer mantenedor ser de un torneo  
que a fiestas sobrehumanas le comparo.

Responden sus grandezas al deseo  
que tiene de mostrarse alegre, viendo  
de España y Francia el regio himineo;

y éste que escuchas, duro, alegre estruendo,  
es señal que el torneo se comienza,  
que admira por lo rico y estupendo.

Arquímedes el grande se avergüenza  
de ver que este teatro milagroso  
su ingenio apoque y a sus trazas venza.

Digo, pues, que el mancebo generoso  
que allí deciende, de encarnado y plata,  
sobre todo mortal curso brïoso,

es el conde de Lemos, que dilata  
su fama con sus obras por el mundo,  
y que lleguen al cielo en tierra trata;

y, aunque sale el primero, es el segundo  
mantenedor, y en buena cortesía  
esta ventaja califico y fundo.

El duque de Nocera, luz y guía  
del arte militar, es el tercero  
mantenedor deste festivo día.

El cuarto, que pudiera ser primero,  
es de Santelmo el fuerte castellano,  
que al mismo Marte en el valor prefiero.

El quinto es otro Eneas el troyano,  
Arrociolo, que gana en ser valiente  
al que fue verdadero, por la mano».

El gran concurso y número de gente  
estorbó que adelante prosiguiese  
la comenzada relación prudente;

por esto le pedí que me pusiese  
adonde sin ningún impedimento  
el gran progreso de las fiestas viese;

porque luego me vino al pensamiento  
de ponerlas en verso numeroso,  
favorecido del febeo aliento.

Hízolo así, y yo vi lo que no oso  
pensar, no que decir, que aquí se acorta  
la lengua y el ingenio más curioso.

Que se pase en silencio es lo que importa,  
y que la admiración supla esta falta,  
el mismo grandioso caso exhorta,

puesto que después supe que con alta  
magnífica elegancia y milagrosa,  
donde ni sobra punto ni le falta,

el curioso Don Juan de Oquina en prosa  
la puso y dio a la estampa para gloria  
de nuestra edad, por esto venturosa.

Ni en fabulosa o verdadera historia  
se halla que otras fiestas hayan sido  
ni puedan ser más dignas de memoria.

Desde allí, y no sé cómo, fui traído  
adonde vi al gran duque de Pastrana  
mil parabienes dar de bienvenido,

y que la fama, en la verdad ufana,  
contaba que agradó con su presencia  
y con su cortesía sobrehumana;

que fue nuevo Alejandro en la excelencia  
del dar, que satisfizo a todo cuanto  
puede mostrar real magnificencia.

Colmo de admiración, lleno de espanto,  
entré en Madrid en traje de romero,  
que es granjería el parecer ser santo;

y desde lejos me quitó el sombrero  
el famoso Acevedo, y dijo: «A Dio,  
voi siate il ben venuto, cavaliero.

So parlar zenoese, & tusco anch'io».  
Y respondí: «La vostra signoria  
sia la ben trovata, patron mio».

Topé a Luis Vélez, lustre y alegría  
y discreción del trato cortesano,  
y abracéle en la calle a mediodía.

El pecho, el alma, el corazón, la mano  
di a Pedro De Morales, y un abrazo,  
y alegre recibí a Justiniano.

Al volver de una esquina sentí un brazo  
que el cuello me ceñía, miré cuyo,  
y más que gusto me causó embarazo,

por ser uno de aquellos (no rehúyo  
decirlo) que al contrario se pasaron,  
llevados del cobarde intento suyo;

otros dos al soslayo se llegaron,  
y con la risa falsa del conejo  
y con muchas zalemas me hablaron.

Yo, socarrón; yo, poetón ya viejo,  
volvíles a lo tierno las saludes,  
sin mostrar mal talante o sobrecejo.

No dudes, ¡oh lector caro!, no dudes,  
sino que suele el disimulo a veces  
servir de aumento a las demás virtudes;

dínoslo tú, David, que, aunque pareces  
loco en poder de Aquís, de tu cordura,  
fingiendo el loco, la grandeza ofreces.

Dejélos, esperando coyuntura  
y ocasión más secreta para dalles  
vejamen de su miedo o su locura.

Si encontraba poetas por las calles,  
me ponía a pensar si eran de aquellos  
huidos, y pasaba sin hablalles.

Poníanseme yertos los cabellos  
de temor no encontrase algún poeta,  
de tantos que no pude conocellos,

que, con puñal buido o con secreta  
almarada me hiciese un abujero  
que fuese al corazón por vía recta,

aunque no es éste el premio que yo espero  
de la fama que a tantos he adquirido  
con alma grata y corazón sincero.

Un cierto mancebito cuelliern[u]ido,  
en profesión poeta, y en el traje  
a mil leguas por godo conocido,

lleno de presunción y de coraje  
me dijo: «Bien sé yo, señor Cervantes,  
que puedo ser poeta, aunque soy paje.

Cargastes de poetas ignorantes,  
y dejástesme a mí, que ver deseo  
del Parnaso las fuentes elegantes.

Que caducáis sin duda alguna creo.  
¿Creo? No digo bien; mejor diría  
que toco esta verdad y que la veo».

Otro, que, al parecer, de argentería,  
de nácar, de cristal, de perlas y oro  
sus infinitos versos componía,

me dijo, bravo cual corrido toro:  
«No sé yo para qué nadie me puso  
en lista con tan bárbaro decoro».

«Así el discreto Apolo lo dispuso»,  
a los dos respondí, «y en este hecho,  
de ignorancia o malicia no me acuso».

Fuime con esto, y, lleno de despecho,  
busqué mi antigua y lóbrega posada,  
y arrojéme molido sobre el lecho;  
que cansa, cuando es larga, una jornada.

#### ADJUNTA AL PARNASO

Algunos días estuve reparándome de tan largo viaje, al cabo de los cuales salí a ver y a ser visto, y a recibir parabienes de mis amigos y malas vistas de mis enemigos; que, puesto que pienso que no tengo ninguno, todavía no me aseguro de la común suerte.

Sucedió, pues, que saliendo una mañana del monesterio de Atocha, se llegó a mí un mancebo, al parecer de veinte y cuatro años, poco más o menos, todo limpio, todo aseado y todo crujiendo gorgaranes; pero con un cuello tan grande y tan almidonado, que creí que para llevarle fueran menester los hombros de otro Adlante. Hijos deste cuello eran dos puños chatos, que, comenzando de las muñecas, subían y trepaban por las canillas del brazo arriba, que parecía que iban a dar asalto a las barbas. No he visto yo yedra tan codiciosa de subir desde el pie de la muralla donde se arrima hasta las almenas, como el ahínco que llevaban estos puños a ir a darse de puñadas con los codos. Finalmente, la exorbitancia del cuello y puños era tal, que en el cuello se escondía y sepultaba el rostro y en los puños los brazos.

Digo, pues, que el tal mancebo se llegó a mí, y con voz grave y reposada me dijo:

-¿Es, por ventura, vuesa merced el señor Miguel de Cervantes Saavedra, el que ha pocos días que vino del Parnaso?

A esta pregunta creo, sin duda, que perdí la color del rostro, porque en un instante imaginé y dije entre mí: «¿Si es éste alguno de los poetas que puse o dejé de poner en mi Viaje, y viene ahora a darme el pago que él se imagina se me debe?» Pero, sacando fuerzas de flaqueza, le respondí:

-Yo, señor, soy el mesmo que vuesa merced dice; ¿qué es lo que se me manda?

Él, luego en oyendo esto, abrió los brazos y me los echó al cuello, y sin duda me besara en la frente si la grandeza del cuello no lo impidiera, y díjome:

-Vuesa merced, señor Cervantes, me tenga por su servidor y por su amigo, porque ha muchos días que le soy muy aficionado, así por sus obras como por la fama de su apacible condición.

Oyendo lo cual, respiré, y los espíritus, que andaban alborotados, se sosegaron; y, abrazándole yo también, con recato de no ahajarle el cuello, le dije:

-Yo no conozco a vuesa merced si no es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce que vuesa merced es muy discreto y muy principal: calidades que obligan a tener en veneración a la persona que las tiene.

Con estas pasamos otras corteses razones, y anduvieron por alto los ofrecimientos, y, de lance en lance, me dijo:

-Vuesa merced sabrá, señor Cervantes, que yo, por la gracia de Apolo, soy poeta, o lo menos deseo serlo, y mi nombre es Pancracio de Roncesvalles.

MIGUEL.- Nunca tal creyera, si vuesa merced no me lo hubiera dicho por su mesma boca.

PANCRACIO.- Pues, ¿por qué no lo creyera vuesa merced?

MIGUEL.- Porque los poetas por maravilla andan tan atildados como vuesa merced, y es la causa que, como son de ingenio tan altaneros y remontados, antes atienden a las cosas del espíritu que a las del cuerpo.

-Yo, señor -dijo él-, soy mozo, soy rico y soy enamorado; partes que deshacen en mí la flojedad que infunde la poesía. Por la mocedad, tengo brío; con la riqueza, con qué mostrarle; y con el amor, con qué no parecer descuidado.

-Las tres partes del camino -le dije yo- se tiene vuesa merced andadas para llegar a ser buen poeta.

PANCRACIO.- ¿Cuáles son?

MIGUEL.- La de la riqueza y la del amor. Porque los partos de los partos de la persona rica y enamorada son asombros de la avaricia y estímulos de la liberalidad, y en el poeta pobre la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dígame vuesa merced, por su vida: ¿de qué suerte de menestra poética gasta o gusta más?

A lo que respondió:

-No entiendo eso de menestra poética.

MIGUEL.- Quiero decir que a qué género de poesía es vuesa merced más inclinado: ¿al lírico, al heroico o al cómico?

-A todos estilos me amaño -respondió él-; pero en el que más me ocupo es en el cómico.

MIGUEL.- De esa manera, habrá vuesa merced compuesto algunas comedias.

PANCRACIO.- Muchas; pero sola una se ha representado.

MIGUEL.- ¿Pareció bien?

PANCRACIO.- Al vulgo, no.

MIGUEL.- ¿Y a los discretos?

PANCRACIO.- Tampoco.

MIGUEL.- ¿La causa?

PANCRACIO.- La causa fue que la achacaron que era larga en los razonamientos, no muy pura en los versos y desmayada en la invención.

-Tachas son esas -respondí yo- que pudieran hacer parecer mal a las del mismo Plauto.

-Y más -dijo él-, que no pudieron juzgalla, porque no la dejaron acabar, según la gritaron. Con todo esto, la echó el autor para otro día; pero, porfiar que porfiar, cinco personas vinieron apenas.

-Créame vuesa merced -dije yo- que las comedias tienen días, como algunas mujeres hermosas; y que esto de acertarlas bien va tanto en la ventura como en el ingenio: comedia he visto yo apedreada en Madrid que la han laureado en Toledo, y no por esta primer desgracia deje vuesa merced de proseguir en componerlas, que podrá ser que, cuando menos lo piense, acierte con alguna que le dé crédito y dineros.

-De los dineros no hago caso -respondió él-: más preciaría la fama que cuanto hay. Porque es cosa de grandísimo gusto y de no menos importancia ver salir mucha gente de la comedia, todos contentos, y estar el poeta que la compuso a la puerta del teatro recibiendo parabienes de todos.

-Sus descuentos tienen esas alegrías -le dije yo-; que tal vez suele ser la comedia tan pésima, que no hay quien alce los ojos a mirar al poeta, ni aun él para cuatro calles del coliseo, ni aun los alzan los que la recitaron, avergonzados y corridos de haberse engañado y escogídola por buena.

-¿Y vuesa merced, señor Cervantes -dijo él-, ha sido aficionado a la carátula? ¿Ha compuesto alguna comedia?

-Sí -dije yo-, muchas; y, a no ser más, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron Los tratos de Argel, La Numancia, La gran turquesca, La batalla naval, La Jerusalem, La Amaranta o la del mayo, El bosque amoroso, La única y La bizarra Arsinda, y otras muchas de que no me acuerdo. Mas la que yo más estimo y de la que más me precio fue y es de una llamada La confusa, la cual, con paz sea dicho de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores.

PANCRACIO.- ¿Y agora tiene vuesa merced algunas?

MIGUEL.- Seis tengo, con otros seis entremeses.

PANCRACIO.- Pues, ¿por qué no se representan?

MIGUEL.- Porque ni los autores me buscan, ni yo los voy a buscar a ellos.

PANCRACIO.- No deben de saber que vuesa merced las tiene.

MIGUEL.- Sí saben; pero, como tienen sus poetas paniaguados y les va bien con ellos, no buscan pan de trastrigo. Pero yo pienso darlas a la estampa, para que se vea de espacio lo que pasa apriesa y se disimula, o no se entiende, cuando las representan. Y las comedias tienen sus sazones y tiempos, como los cantares.

Aquí llegábamos con nuestra plática, cuando Pancracio puso la mano en el seno y sacó dél una carta con su cubierta, y, besándola, me la puso en la mano. Leí el sobrescrito y vi que decía desta manera:

A MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,  
EN LA CALLE DE LAS HUERTAS,